EL TEATRO

OSCAR WILDE.

Un marido ideal

50 CENTIMOS

Digitized by the Internet Archive
in 2024 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/unmaridoidealcom610wild

EL TEATRO
REVISTA SEMANAL
AÑO I 14 NOVIEMBRE 192 NÚM. 7

Oscar Wilde.

UN MARIDO IDEAL

COMEDIA EN CUATRO ACTOS

ESTRENADA EN EL TEATRO PRÍNCIPE ALFONSO, DE MADRID, EL 17 DE NOVIEMBRE DE 1917.

REPUESTA EN EL INFANTA BEATRIZ, EL 20 DE OCTUBRE DE 1925.

PRENSA MODERNA
MADRID

EN EL PRÓXIMO NÚMERO

¡Qué hombre tan simpático!

POR

Carlos Arniches,

A. Paso y A. Estremera.

PORTADA DE

AGUSTÍN

CARICATURA DE

SIRIO

IMP. SÁEZ HERMANOS
NORTE, 21. - MADRID

ERNESTO VILCHES

PERSONAJES DE LA COMEDIA

Lady Chiltern (Leidi Chiltern) (1).
Mistress Cheveley (Misis Chéveley).
Miss Mabel Chiltern (Méibel), hermana de Sir Roberto.
Lady Markby (Márkby).
La Condesa de Balsidon (Bálsidon).
Mistress Marchmont (Márchmont).
Sir Roberto Chiltern.
Lord Goring (Góring).
El Conde de Caversham (Cáversham), Caballero de la Jarretera.
El Vizconde de Nanjac (Nanchác), Agregado a la Embajada francesa en Londres.
Míster Montford (Míster Móntford).
Mason (Máson), mayordomo de Sir Roberto.
Phipps (Fips), criado de Lord Goring.
Jaime..... } Lacayos.
Harold (Járold)... }

Epoca: la actual.
Lugar de la acción: Londres.

NOTA.—Estrenóse esta obra en Madrid por la compañía de Francisco García Ortega y Ana Adamuz. Fué repuesta, con arreglo a la presente refundición, por la compañía de Ernesto Vilches.

---

(1) Para facilidad del actor, se pone entre paréntesis la pronunciación figurada de los nombres extranjeros.

ACTO PRIMERO

Salón octogonal en casa de Sir Roberto Chiltern, profusamente iluminado y lleno de invitados. En la meseta de la escalera se encuentra Lady Chiltern, mujer de una serena belleza griega, que aparenta tener unos veintisiete años. Recibe a los invitados según van llegando. Sobre la caja de la escalera cuelga una gran araña con bujías encendidas, que iluminan una tapicería francesa del siglo XVIII, representando el Triunfo del Amor, copia de un dibujo de Boucher, que cubre el muro del fondo A la derecha una puerta que da acceso a la sala de música. Se oye vagamente un cuarteto de cuerda. La puerta de la izquierda conduce a los demás salones.

Mistress Marchmont y Lady Basildon, dos mujercitas encantadoras, sentadas en un sofá Luis XVI. Figuras de una exquisita fragilidad, deliciosamente amaneradas. Watteau se hubiera deleitado en pintarlas.

MARCH. ¿Va usted a casa de los Harlock (*) esta noche, Olivia?

BASIL. Así espero. ¿Y usted?

MARCH. También. ¡Qué aburrimiento!, ¿verdad?

BASIL. Verdad. Todavía no me he explicado por qué voy a esa casa. Bien es verdad que tampoco me explico por qué voy a ninguna otra.

MARCH. Yo vengo aquí a educarme.

BASIL. ¡Oh, detesto que me eduquen!

MARCH. Y yo. ¡Pero esta querida Lady Chiltern no cesa de decirme que es preciso tener algún fin serio en la vida! Por eso vengo aquí: con la esperanza de encontrarlo.

(*) Pronúnciese: Járlock.

BASIL. *(Mirando a su alrededor con sus impertinentes.)* Esta noche no veo por aquí a nadie que valga la pena de ser considerado como un fin serio. Mi vecino de mesa no ha hecho otra cosa que hablarme de su mujer.

MARCH. ¡Qué hombre tan frívolo!

BASIL. Completamente. Y a usted, ¿de qué le ha hablado el suyo?

MARCH. De mí.

BASIL. ¿Y le ha interesado a usted?

MARCH. *(Moviendo la cabeza.)* Lo más mínimo.

BASIL. ¡Somos unas mártires, querida Margarita!

MARCH. *(Levantándose.)* ¡Y qué bien nos sienta el martirio, Olivia! *(Se levantan ambas y se dirigen hacia el salón de música. El Vizconde de Nanjac, joven agregado, conocido por sus corbatas y su anglomanía, se acerca, hace una profunda reverencia y entra en conversación.)*

MASON. *(Anunciando a los invitados desde la meseta de la escalera.)* Míster y Lady Jane Barford (*). Lord Caversham. *(Entra Lord Caversham, viejo "gentlman" de unos setenta años, ostentando la cinta y la estrella de la Jarretera. Hermoso tipo de liberal. Recuerda un retrato de Lawrence.)*

CAVERS. Buenas noches, Lady Chiltern. ¿Ha llegado ya el inútil de mi hijo?

L. CHIL. No; no creo que haya llegado aún Lord Goring.

MABEL. *(Acercándose a Lord Caversham.)* ¿Por qué llama usted inútil a Lord Goring? *(Mabel Chiltern es un ejemplar perfecto del tipo inglés de mujer preciosa, el tipo flor de manzano. Tiene toda la fragancia y naturalidad de una flor. Cabellos dorados y boca siempre risueña,*

(*) Pronúnciese: Yein Bárford. (Recordemos que esta pronunciación no es más que todo lo aproximada que ha sido posible, sin usar signos fonéticos convencionales.)

como la boca de un niño. Posee la tiranía fascinadora de la juventud y ese aplomo desconcertante que da la inocencia. A los espíritus sanos no les sugeriría recuerdo alguno de obra de arte; pero es realmente una estatuilla de Tanagra, cosa que a ella más bien le molestaría si se lo dijesen.)

CAVERS. Por esa vida tan absolutamente ociosa que hace.

MABEL. ¿Cómo ociosa? Pues qué, ¿no pasea todas las mañanas a caballo por el Parque? ¿No va a la Opera tres veces por semana? ¿No cambia de traje, por lo menos, cinco veces al día, y no come fuera de casa todas las noches? ¿Y a esto llama usted una vida ociosa?

CAVERS. *(Mirándola risueñamente.)* Es usted una muchacha verdaderamente encantadora.

MABEL. Y usted, muy amable, Lord Cavercham. Venga usted a vernos con más frecuencia. Ya sabe usted que nos quedamos en casa los miércoles, y ¡le sienta a usted tan bien esa estrella!

CAVERS. No voy ya a ningún lado. Estoy harto de la sociedad londinense. Hasta me tendría sin cuidado encontrarme con mi propio sastre en un salón. Pero, eso sí, me opondría rotundamente a comer en compañía de la modista de mi mujer. No puedo soportar los sombreros de Lady Caversham.

MABEL. Pues yo adoro la sociedad londinense. Y me parece que ha progresado extraordinariamente. En la actualidad no se compone más que de majaderos guapos y de locos ingeniosos. ¡Lo que debe ser la sociedad!

CAVERS. ¡Hum! Y ¿a qué grupo pertenece Lord Goring? ¿Al de los majaderos guapos o al otro?

MABEL. *(Gravemente.)* Por ahora, he tenido que colocar a Lord Goring en una categoría completamente aparte. Pero adelanta por momentos,

CAVERS. ¿En qué?

MABEL. *(Haciendo una ligera reverencia.)* Espero poder decírselo a usted muy pronto, Lord Caversham.

MASON. *(Anunciando invitados.)* Lady Markby. Mistress Cheveley. *(Entran Lady Markby y Mistress Cheveley. Lady Markby es una señora simpática, complaciente y sencilla, de cabellos grises y soberbios encajes. Su acompañante, Mistress Cheveley, es alta y más bien delgada. Labios muy finos y muy rojos: una línea de púrpura sobre un rostro pálido. Cabellos de un rojo veneciano; nariz aguileña. El encarnado de sus labios acentúa la palidez natural de su tez. Ojos de un gris verdoso, que se mueven incesantemente. Va vestida de color heliotropo, y lleva un aderezo de brillantes. Tiene un aire de orquídea, y suscita una viva curiosidad. Extremadamente graciosa en todos sus gestos y ademanes. Una obra de arte, en conjunto; pero mostrando la influencia de demasiadas escuelas.)*

MARKBY. Buenas noches, querida Gertrudis. Muy amable en permitirme traer a mi amiga Mistress Cheveley. Dos mujeres tan encantadoras tenían que conocerse.

L. CHIL. *(Avanza hacia Mistress Cheveley con una dulce sonrisa; pero, deteniéndose de pronto, saluda fríamente.)* Me parece que Mistress Cheveley y yo nos conocíamos ya. Ignoraba que se hubiera casado por segunda vez.

MARKBY. ¡Ah, hoy día la gente se casa cuantas veces puede! Está muy de moda. *(A la Duquesa de Maryborough.)* ¡Querida Duquesa!

M. CHEV. *(Jugueteando con el abanico.)* ¿Está usted segura de que nos conocíamos ya, Lady Chiltern? No logro recordar dónde... ¡He vivido tanto tiempo fuera de Inglaterra!

L. CHIL. Fuimos compañeras de colegio, Mistress Cheveley.

M. CHEV. *(Con cierta altanería.)* ¿De veras? He olvidado todo lo referente a mis tiempos de colegio. Tengo una vaga impresión de que fueron detestables.

L. CHIL. *(Friamente.)* No me extraña.

M. CHEV. *(Con la mayor dulzura.)* Sabe usted, Lady Chiltern: estoy deseando conocer a su marido. ¡Un hombre tan inteligente! Desde que entró en el Ministerio de Estado se ha hablado mucho de él en Viena. Actualmente, hasta han logrado no equivocar su nombre en los periódicos. Esto, por sí solo, ya es una gloria.

L. CHIL. No creo que pueda haber nada común entre usted y mi marido, Mistress Cheveley. *(Se aleja.)*

NANJAC. *Ah, chère Madame, quelle surprise!* Desde Berlín que no la veo.

M. CHEV. Desde Berlín, Vizconde. Hace cinco años.

NANJAC. Y está usted más joven y más bella que nunca. ¿Cómo se las arregla usted?

M. CHEV. Teniendo por norma no hablar más que con personas tan agradables como usted.

NANJAC. ¡Oh, me abruma usted! *(Entra Sir Roberto Chiltern. Hombre de unos cuarenta años, aunque parezca más joven. Completamente rasurado; facciones finas, cabellos y ojos oscuros. Gran personalidad. Todavía no es un hombre popular; pero ya es muy admirado por los menos y profundamente respetado por los más. Su característica es la de una perfecta distinción, con un ligero matiz de orgullo. Se comprende que se da cuenta del éxito alcanzado en la vida. Temperamento nervioso, con cierto aire de cansancio. La boca y la nariz, de un modelado firme, contrastan fuertemente con la expresión romántica de los ojos profundos. Este desacuerdo hace pensar en una separación casi*

absoluta entre la inteligencia y el corazón, como si el pensamiento y la emoción se mantuvieran aislados en una esfera propia mediante un violento esfuerzo de voluntad. La nariz y las manos, pálidas y afiladas, muestran cierta nerviosidad. Sería inexacto calificarle de pintoresco. El elemento pintoresco no puede sobrevivir en la Cámara de los Comunes. Pero Van Dyck habría gustado de pintar su cabeza.)

ROBER. Buenas noches, Lady Markby. Espero que habrá traído usted a Sir Juan.

MARKBY. ¡Oh! He traído a una persona mucho más agradable que Sir Juan. Desde que Sir Juan ha tomado en serio la política, se ha puesto insoportable.

ROBER. ¿Y quién es esa persona que ha tenido usted la amabilidad de traernos?

MARKBY. Se llama Mistress Cheveley.

ROBER. ¿Mistress Cheveley? Me parece conocer este nombre...

MARKBY. Acaba de llegar de Viena.

ROBER. ¡Ah! Sí. Creo que ya sé de quién se trata.

MARKBY. ¡Oh! En Viena conoce a todo el mundo. Y está al corriente de los escándalos de todos sus amigos. Tengo que ir a Viena el próximo invierno. Espero tendrán buen cocinero en la Embajada.

ROBER. Y si no lo hubiera, habría indudablemente que destituir al embajador. Pero indíqueme usted quién es Mistress Cheveley.

MARKBY. Permítame usted que se la presente. *(A Mistress Cheveley.)* Querida, Sir Roberto está suspirando por conocer a usted.

ROBER. Todo el mundo está suspirando por conocer a la hermosa Mistress Cheveley. Nuestros agregados en Viena no nos hablan de otra cosa en sus cartas.

M. CHEV. Gracias, Sir Roberto. Un conocimiento que debuta con una galantería, es seguro que ha de

convertirse en una verdadera amistad. Además, resulta que ya conocía a Lady Chiltern.

ROBER. ¿De veras?

M. CHEV. De veras. Acaba de recordarme que fuimos compañeras de colegio. Ahora me acuerdo perfectamente. Siempre se llevaba el premio de buena conducta.

ROBER. *(Sonriendo.)* Y usted, ¿qué premios se llevaba, Mistress Cheveley?

M. CHEV. Mis premios llegaron un poco más tarde en la vida. Y no creo que ninguno de ellos fuera por buena conducta. Sin contar que la buena conducta, en el fondo, no es más que una *pose*.

ROBER. ¿Y usted prefiere la naturalidad?

M. CHEV. A veces. ¡Pero es una *pose* tan difícil de conservar!

ROBER. ¿Qué dirían de una teoría semejante esos novelistas psicólogos de que tanto se habla hoy?

M. CHEV. ¡Ah!, la fuerza de las mujeres proviene de que la psicología no puede explicarnos. Los hombres pueden ser analizados; las mujeres, nada más que adoradas.

ROBER. ¿Cree usted que la ciencia no puede resolver el problema femenino?

M. CHEV. La ciencia nunca podrá resolver lo irracional.

ROBER. ¿Y las mujeres representan lo irracional?

M. CHEV. Por lo menos las mujeres bien vestidas.

ROBER. *(Con una reverente inclinación.)* Temo que no podamos ponernos de acuerdo sobre este punto. Pero sentémonos. Y ahora, dígame a qué se debe que haya usted abandonado su espléndida Viena por nuestro sombrío Londres, si no es indiscreta la pregunta.

M. CHEV. Las preguntas nunca son indiscretas. Las respuestas sí que lo son a veces.

ROBER. Bien; ¿se puede saber, al menos, si es por razones políticas o simplemente por recreo?

M. CHEV. La política es mi único recreo. Hoy día no está bien visto flirtear hasta los cuarenta, ni ser

romántica antes de los cuarenta y cinco; por tanto, a nosotras, pobres mujeres, que no hemos llegado a los treinta, o que por lo menos lo decimos, no nos queda más que la política o la filantropía. Y la filantropía parece haberse convertido en el refugio de la gente que se propone molestar a su prójimo. Yo prefiero la política. Encuentro que es mucho más... correcta.

ROBER. La política es una noble carrera.

M. CHEV. A veces. Y a veces un juego de habilidad, Sir Roberto, y a veces un gran fastidio.

ROBER. Y para usted, ¿qué es?

M. CHEV. ¿Para mí? Todo ello combinado. *(Deja caer el abanico. Sir Roberto, recogiéndolo, se lo entrega.)* Gracias.

ROBER. Pero aun no me ha dicho usted a qué se debe honre usted Londres tan inesperadamente.

M. CHEV. Necesitaba ver a usted. Esa es la verdad. Y ya sabe usted lo que es la curiosidad en una mujer. ¡Casi tan grande como en un hombre! Tenía un grandísimo interés en conocer a usted. Y... deseaba pedirle un favor.

ROBER. Espero, Mistress Cheveley, que no será algo insignificante. Las cosas insignificantes son las más difíciles de conseguir.

M. CHEV. *(Tras un instante de reflexión.)* No creo que sea precisamente una cosa insignificante.

ROBER. Tanto mejor. Dígame usted de qué se trata.

M. CHEV. Más tarde. *(Se levanta.)* Y ahora, ¿puedo dar una vuelta por esta espléndida casa? He oído decir que tiene usted cuadros magníficos. El pobre Barón Arnheim—¿se acuerda usted del Barón?—solía decirme que tenía usted varios Corot maravillosos.

ROBER. *(Con un estremecimiento casi imperceptible.)* ¿Conocía usted mucho al Barón Arnheim?

M. CHEV. *(Sonriendo.)* Muy íntimamente. ¿Y usted?

ROBER. Hace tiempo.

M. CHEV. Qué hombre tan extraordinario ¿verdad?

ROBER. *(Tras una pausa.)* Muy extraordinario; por muchos conceptos.

MASON. Lord Goring. *(Entra Lord Goring. Treinta y cuatro años, aunque diga siempre que es mucho más joven. Rostro distinguido, pero inexpresivo. Es inteligente, pero le molestaría ser tenido por tal.* Dandy *irreprochable, tendría un disgusto si se le tomara por un romántico. Juega con la vida, y vive en perfecta armonía con el mundo. Amigo de ser incomprendido. Esto le da cierta ventaja.)*

ROBER. Buenas noches, querido Arturo. Mistress Cheveley, permítame usted que le presente a Lord Goring, el hombre más desocupado de Londres.

M. CHEV. Conocía a Lord Goring.

GORING. *(Inclinándose.)* No creí que me recordara usted, Mistress Cheveley.

M. CHEV. Tengo una memoria admirable. ¿Sigue usted soltero?

GORING. Creo... que sí.

M. CHEV. ¡Qué romántico!

GORING. ¡Oh!, no soy nada romántico. No tengo aún edad para ello. *(A Mistress Cheveley.)* ¿Y piensa usted estar mucho tiempo en Londres?

M. CHEV. Depende en parte del tiempo, en parte de la cocina y en parte de Sir Roberto.

ROBER. ¿No irá usted a precipitarnos en una guerra europea?

M. CHEV. Por el momento, no hay peligro. *(Hace una risueña inclinación de cabeza a Lord Goring, y sale con Sir Roberto. Lord Goring se dirige pausadamente hacia Mabel.)*

MABEL. ¡Qué tarde llega usted!

GORING. ¿Me ha echado usted de menos?

MABEL. Muchísimo.

GORING. Entonces siento haber venido tan pronto. Me encanta que se me eche de menos.

MABEL. ¡Qué egoísta es usted!

GORING. ¡Muy egoísta!

MABEL. Siempre me habla usted de sus malas cualidades, Lord Goring.

GORING. Todavía no le he dicho a usted la mitad, Miss Mabel.

MABEL. Y las otras, ¿son muy malas?

GORING. Horribles... En cuanto me pongo a pensar en ellas, por la noche, me quedo dormido.

MABEL. Bueno; me encantan sus malas cualidades. Y sentiría mucho que se desprendiese usted de una sola.

GORING. ¡Muy amable! Pero usted siempre es amable. Y, a propósito, deseaba hacerle una pregunta, Miss Mabel: ¿quién ha traído aquí a Mistress Cheveley? Esa mujer vestida de heliotropo que acaba de salir del salón con su hermano.

MABEL. Creo que la trajo Lady Markby. ¿Por qué lo pregunta usted?

GORING. ¡Oh, por nada! Hace muchos años que no la veía.

MABEL. Absurda razón.

GORING. Todas las razones son absurdas.

MABEL. ¿Qué clase de mujer es?

GORING. ¡Oh, un genio durante el día y una belleza por la noche!

MABEL. La detesto ya.

GORING. Eso demuestra el buen gusto de usted.

NANJAC. *(A Mabel.)* ¿Me permite usted que la acompañe a la sala de música, Miss Mabel?

MABEL. *(Contrariada.)* Encantada, Vizconde. *(Volviéndose hacia Lord Goring.)* ¿No viene usted al salón de música?

GORING. Si están haciendo música, no, Miss Mabel.

MABEL. *(Severamente.)* Es música en alemán, no la comprenderá usted. *(Sale con el Vizconde de Nanjac. Lord Caversham se acerca a su hijo.)*

CAVERS. ¡Hola, caballerete! ¿Qué está usted haciendo aquí? ¿Perdiendo el tiempo, como de costumbre, eh? Debería usted estar en la cama. Se

acuesta usted muy tarde. He oído decir que el otro día estuvo usted bailando en casa de Lady Rufford (*) hasta las cuatro de la madrugada.

GORING. Hasta las cuatro menos cuarto sólo, papá.

CAVERS. No puedo comprender cómo soporta usted a la sociedad londinense. Es cosa completamente perdida. Un hatajo de memos, que no saben hablar más que de tonterías.

GORING. Pero a mí me gusta hablar de tonterías, papá. Es de lo único que entiendo algo.

CAVERS. Me hace usted el efecto de no vivir más que para divertirse.

GORING. ¿Vale la pena de vivir para otra cosa? No hay nada que avejente tanto como la felicidad.

CAVERS. No tiene usted corazón, caballerete, ni un átomo de corazón.

GORIGN. Afortunadamente, papá. Buenas noches, Lady Basildon.

BASIL. *(Enarcando deliciosamente las cejas.)* ¿Usted aquí? ¡Nunca hubiera creído encontrarle en una reunión política!

GORING. Adoro las reuniones políticas; son ya el único sitio donde no se habla de política.

BASIL. A mí me encanta hablar con políticos; me estaría hablando con ellos todo el día. Pero aún no he logrado acostumbrarme a escucharlos. No me explico cómo pueden soportar esos debates interminables.

GORING. Muy fácilmente; no escuchando nunca.

BASIL. ¿De verdad?

GORING. *(Con la mayor sinceridad.)* Naturalmente. Es muy peligroso escuchar, ¿sabe usted? Si se escucha, corre uno el riesgo de que le convenzan; y un hombre que permite que le convenzan con una razón, es un ser absolutamente irracional.

BASIL. ¡Ah! Esto me explica por qué hay tantos hom-

(*) Pronúnciese: Ráford

bres a quienes no he logrado entender nunca, y tantas mujeres tan poco apreciadas por sus maridos.

MARCH. *(Suspirando.)* ¡Nuestros maridos nunca aprecian nada en nosotras! Para eso, tenemos que recurrir a los demás.

BASIL. *(Categóricamente.)* Sí, siempre a los demás; es cierto.

GORING. *(Sonriendo.)* ¿Y esto opinan las dos damas que llevan fama de tener los maridos más admirables de Londres?

MARCH. Eso es, precisamente, lo que no podemos soportar. Mi Reginaldo es de una perfección desesperante. Como que hay momentos en que resulta intolerable.

GORING. ¡Qué horror! ¡Pero eso debería hacerse público!

BASIL. Pues Basildon es por el estilo. ¡Tan apegado al hogar como si estuviera soltero.

MARCH. *(Estrechando la mano de Lady Basildon.)* ¡Pobre Olivia! Nos hemos casado con unos maridos modelos! ¡Bien castigadas estamos!

GORING. ¡Pues yo habría asegurado que los castigados eran ellos!

MARCH. *(Irguiéndose.)* ¡No por cierto! ¡No pueden ser más felices! Y lo que es tener confianza en nosotras, la tienen hasta rayar en lo trágico.

BASIL. ¡En lo trágico!

GORING. ¡O en lo cómico, Lady Basildon!

BASIL. ¡No veo lo cómico, Lord Goring! Es usted muy malo.

MARCH. Temo que Lord Goring esté en el campo enemigo, como de costumbre. Le he visto hablar con Mistress Cheveley cuando entró.

GORING. ¡Hermosa mujer Mistress Cheveley!

BASIL. *(Secamente.)* Haga usted el favor de no hablar bien de otras mujeres en nuestra presencia. Podía usted haber esperado a que nosotras lo hiciéramos.

GORING. Lo esperaba.

MARCH. ¿Sí? Pues sepa usted que no estamos dispuestas a hacer el elogio de Mistress Cheveley. *(Entra Mabel Chiltern y se acerca al grupo.)*

MABEL. Pero ¿están ustedes hablando de Mistress Cheveley? ¡Todo el mundo está hablando de Mistress Cheveley! Lord Goring dice... ¿Qué dijo usted, Lord Goring, a propósito de Mistress Cheveley? ¡Ah!, sí, recuerdo: que era un genio durante el día y una belleza por la noche.

BASIL. ¡Qué horrible combinación!

MARCH. *(Con aire soñador.)* ¡Ah, me gusta contemplar a los genios y escuchar a las bellezas!

GORING. ¡Ah!, no sea usted morbosa, Mistress Marchmont; tenga usted cuidado.

MARCH. *(Brillándole los ojos de satisfacción.)* ¡Cómo me agrada oírle hablar así! Hace siete años que Marchmont y yo estamos casados; y ni una sola vez me ha llamado morbosa. ¡Los hombres son tan poco observadores!

BASIL. *(Volviéndose hacia ella.)* ¡Yo siempre he dicho, querida Margarita, que era usted la persona más morbosa de Londres!

MARCH. ¡Ah!, pero usted siempre ha sido muy buena, Olivia.

MABEL. ¿Es morboso tener apetito? Porque yo tengo un apetito atroz. Lord Goring, ¿quiere usted acompañarme a cenar?

GORING. Con mucho gusto, Miss Mabel. *(Se aleja con ella.)*

MABEL. ¡Qué horriblemente se ha portado usted! ¡No me ha dirigido la palabra en toda la noche!

GORING. ¿Cómo iba a hacerlo? Se fué usted con el joven diplomático.

MABEL. Podía usted haber venido con nosotros. Me parece que no va usted a interesarme ya en toda la noche.

GORING. En cambio, usted me está interesando extraordinariamente.

MABEL. ¿Sí? ¡Pues bien podía usted demostrármelo mejor! *(Bajan las escaleras.)*

MARCH. Olivia, empiezo a sentir una debilidad extrañísima. Creo que no me disgustaría cenar. Sí, indudablemente me agradaría tomar algo.

BASIL. Yo también siento una debilidad espantosa, Margarita.

MARCH. ¡Los hombres son tan horriblemente egoístas que no piensan nunca en estas cosas!

BASIL. ¡Sí; los hombres son unos materialistas, unos completos materialistas! *(Llegan de la sala de música el Vizconde de Nanjac y algunos invitados. Después de haber examinado atentamente a los presentes, se acerca a Lady Basildon.)*

NANJAC. ¿Me permite usted que la lleve a cenar, Condesa? Sería para mí un honor.

BASIL. *(Friamente.)* Gracias, Vizconde, no ceno nunca. *(El Vizconde hace ademán de retirarse. Lady Basildon, al verlo, se levanta precipitadamente, colgándose de su brazo.)* Pero le acompañaré a usted con mucho gusto.

NANJAC. ¡Yo soy tan tragón! Soy muy inglés en todos mis gustos.

BASIL. Como que parece usted todo un inglés, Vizconde, todo un inglés. *(Entra Mister Montford, joven muy elegante, y se acerca a Mistress Marchmont.)*

MONT. ¿Le agradaría a usted tomar algo, Mistress Marchmont?

MARCH. *(Lánguidamente.)* Gracias, Míster Montford; no pruebo jamás la cena. *(Se levanta precipitadamente y se cuelga de su brazo.)* Pero me sentaré a su lado y le contemplaré.

MONT. Le confesaré a usted que no me agrada mucho que me contemplen mientras como.

MARCH. Entonces, contemplaré a cualquier otro.

MONT. Tampoco me agrada eso mucho.

MARCH. *(Severamente.)* Por favor, Míster Montford, no

me haga usted en público escenas de celos. *(Bajan por la escalera con otros invitados, cruzándose con Sir Roberto y Mistress Cheveley, que acaban de entrar en escena.)*

M. CHEV. Como le decía, la duración de mi estancia en Inglaterra sólo depende de usted, Sir Roberto. *(Se sienta en el sofá.)*

ROBER. *(Sentándose junto a ella.)* ¿En serio?

M. CHEV. Lo más en serio del mundo. Necesito hablar a usted de un gran proyecto financiero y político. En una palabra: se trata de la Compañía Argentina del Canal.

ROBER. ¡Qué tema tan aburrido y tan práctico para hablar con usted, Mistress Cheveley!

M. CHEV. ¡Oh, me encantan los temas aburridos y prácticos! Lo que me desagrada es la gente aburrida y práctica. Hay una gran diferencia. Además, me consta que se interesa usted por los proyectos de canales internacionales. Cuando el Gobierno compró las acciones del Canal de Suez era usted secretario de Lord Radley, ¿no es cierto?

ROBER. Sí; pero el Canal de Suez era una empresa grandiosa, extraordinaria. Nos ponía en comunicación directa con la India. Y ese canal argentino es una estafa bursátil de lo más vulgar.

M. CHEV. Una especulación, Sir Roberto. Una especulación brillante y audaz.

ROBER. Créame usted, Mistress Cheveley, es una estafa. Llamemos a las cosas por su nombre. Esto simplifica siempre las cuestiones. Tenemos todo género de datos respecto al asunto en el Ministerio de Estado. Espero que no habrá usted interesado ningún dinero en él. Pero usted es demasiado inteligente para haberlo hecho.

M. CHEV. He interesado en la empresa un capital considerable.

ROBER. ¿Y quién pudo aconsejar a usted semejante locura?

M. CHEV. Nuestro viejo amigo.

ROBER. ¿Quién?

M. CHEV. El Barón Arnheim.

ROBER. *(Frunciendo el entrecejo.)* ¡Ah, sí! Recuerdo haber oído, cuando murió, que estaba metido en este asunto.

M. CHEV. Fué su última aventura. Su penúltima, mejor dicho, para hacerle justicia.

ROBER. *(Levantándose.)* Pero todavía no conoce usted mis Corot. Están en el salón de música. ¿Me permite usted que se los enseñe?

M. CHEV. *(Moviendo la cabeza.)* No estoy de humor esta noche para crepúsculos plateados, ni nubes color de rosa. Necesito hablar de negocios. *(Le hace un gesto con el abanico, invitándole a que tome asiento de nuevo a su lado.)*

ROBER. Temo no poder aconsejar a usted, Mistress Cheveley, como no sea para interesarla en cualquier otro negocio menos expuesto. El éxito de ese canal depende, claro está, de la actitud de Inglaterra, y precisamente mañana por la noche expondré a la Cámara el informe de la Comisión.

M. CHEV. No debe usted hacer tal cosa. En su propio interés, Sir Roberto, para no hablar del mío, no debe usted hacer tal cosa.

ROBER. *(Mirándola asombrado.)* ¿En mi propio interés? Mi querida Mistress Cheveley, ¿qué quiere usted decir? *(Se sienta a su lado.)*

M. CHEV. Voy a ser franca con usted, Sir Roberto. Necesito que suprima usted el informe que piensa someter a la Cámara, so pretexto de que tiene usted razones para creer que ha habido prejuicio por parte de la Comisión, o que ha sido mal informada, o algo por el estilo. Luego dice usted unas palabras, declarando que el Gobierno va a estudiar la cuestión de nuevo,

y que tiene usted motivos para creer que si el canal quedara terminado tendría una gran importancia internacional. ¿Hará usted eso por mí?

ROBER. Mistress Cheveley, no es posible que hable usted en serio al hacerme semejante proposición.

M. CHEV. Completamente en serio.

ROBER. *(Friamente.)* Pues permita usted que no lo crea

M. CHEV. *(Hablando pausada y categóricamente.)* ¡Ah! Pues lo repito. Y si usted hace lo que le pido, le.. le pagaré espléndidamente.

ROBER. ¡Pagarme!

M. CHEV. Sí.

ROBER. Temo no acabar de comprender lo que quiere usted decir.

M. CHEV. *(Reclinándose en el sofá y mirándole fijamente.)* ¡Qué fastidio! ¡Y yo que he venido desde Viena exclusivamente para esto!

ROBER. No puedo creerlo.

M. CHEV. *(En el tono más displicente.)* Mi querido Sir Roberto, es usted un hombre de este mundo, y como tal supongo que tendrá usted su precio. Hoy día todo el mundo lo tiene. ¡Lo malo es que hay gente tan cara! Yo, por ejemplo. Espero que las condiciones de usted serán más razonables.

ROBER. *(Levantándose indignadísimo.)* Si usted me lo permite, voy a mandar avisar su coche. Ha vivido usted tanto tiempo en el extranjero, Mistress Cheveley, que parece olvidar que está hablando con un caballero inglés.

M. CHEV. *(Le detiene, tocándole en el brazo con el abanico, reteniéndole así mientras habla.)* Comprendo que estoy hablando con un hombre que cimentó su fortuna vendiendo a un especulador de Bolsa un secreto de Estado.

ROBER. *(Mordiéndose los labios.)* ¿Qué quiere usted decir?

M. CHEV. *(Levantándose y mirándole frente a frente.)*

Quiero decir que conozco el verdadero origen de sus riquezas, y que tengo además en mi poder una carta.

ROBER. ¿Qué carta?

M. CHEV. *(Desdeñosamente.)* La carta que escribió usted al Barón Arnheim, cuando era secretario de Lord Radley, diciéndole que comprara acciones del Canal de Suez. Carta escrita tres días antes de que el Gobierno hiciera pública su decisión de comprar.

ROBER. *(Roncamente.)* ¡No es verdad!

M. CHEV. ¿Creía usted que la carta había sido destruída? ¡Qué locura! Está en mi poder.

ROBER. El asunto a que se refiere usted fué solamente una especulación. La Cámara de los Comunes no había aprobado aún el proyecto; lo mismo podía haberlo desechado.

M. CHEV. Fué una defraudación, Sir Roberto. Llamemos las cosas por su nombre. Esto simplifica siempre las cuestiones. Y ahora vengo a vender a usted esa carta. Y el precio que pido es que apoye usted públicamente el proyecto del canal argentino. Hizo usted su fortuna con un canal, y debe ayudarme a mí y a mis amigos a que hagamos la nuestra con otro.

ROBER. Es ignominioso lo que usted me propone...; ignominioso.

M. CHEV. ¡Oh, no! Es el juego de la vida, en el que todos tenemos que arriesgarnos tarde o temprano.

ROBER. No puedo hacer lo que usted me pide.

M. CHEV. Querrá usted decir que le es imposible no hacerlo. Bien sabe usted que está al borde de un precipicio, y que no puede usted imponer condiciones. No le queda a usted más remedio que aceptarlas. Suponiendo que se negara usted...

ROBER. ¿Qué?

M. CHEV. ¡Oh! Nada, mi querido Sir Roberto; se hundiría usted. Eso sería todo. Recuerde usted hasta qué punto le ha elevado en Inglaterra su pu-

ritanismo. En los tiempos pasados, nadie pretendía ser mejor que el vecino. Hoy, con esta manía moderna de moralidad, todo el mundo quiere aparecer como un modelo de pureza, de incorruptibilidad y de las siete virtudes mortales... ¿Y qué resulta? Que caen ustedes todos, como en un juego de bolos..., uno tras otro. No pasa un año en Inglaterra sin que se derrumbe alguien. En otro tiempo, los escándalos añadían atractivos a un hombre, o, por lo menos, interés; hoy, acaban con él. Y el de usted sería un escándalo muy sucio. No podría usted sobrevivir a él. Y, después de todo, Sir Roberto, ¿por qué iba usted a sacrificar su porvenir antes que tratar diplomáticamente con el enemigo? Hace muchos años realizó usted un acto hábil, pero poco escrupuloso, con gran éxito. A él debe usted su fortuna y su posición. Ahora le ha llegado el momento de expiarlo. Más tarde o más temprano, todos tenemos que pagar lo que hacemos. Hoy le ha llegado a usted el turno. Antes de que nos separemos esta noche me habrá usted prometido suprimir su informe y hablar en la Cámara en favor de dicho proyecto.

ROBER. *(En voz baja.)* ¡Le daré a usted la cantidad que necesite!

M. CHEV. No es usted bastante rico para rescatar su pasado, Sir Roberto. Ningún hombre lo es.

ROBER. ¡No haré lo que usted me pide! ¡No lo haré!

M. CHEV. Lo hará usted. En otro caso... *(Se levanta del sofá.)*

ROBER. *(Aturdido, extraviado.)* Espere usted un momento... Dice usted que me devolverá la carta, ¿verdad?

M. CHEV. Sí, es lo convenido. Estaré mañana por la noche en la tribuna de señoras, a las once y media. Si para esa hora ha hecho la declaración en los términos que deseo, le devolveré a us-

ted su carta con las más efusivas gracias y la enhorabuena más cordial, o, por lo menos, más adecuada que pueda hallar.

ROBER. Necesito que me conceda usted algún tiempo para reflexionar en su proposición.

M. CHEV. No; tiene usted que decidirse ahora.

ROBER. ¡Concédame usted una semana..., tres días!

M. CHEV. ¡Imposible! Tengo que telegrafiar esta noche a Viena.

ROBER. Dios mío! ¿Quién la interpuso a usted en mi vida?

M. CHEV. Las circunstancias. *(Se dirige hacia la puerta.)*

ROBER. No se vaya usted. Consiento. Será retirado el informe. Haré de modo que se me interpele sobre el asunto.

M. CHEV. Gracias. Sabía que llegaríamos a un acuerdo amigable. Ahora puede usted pedir mi coche, Sir Roberto. Veo que vuelve la gente de cenar, y los ingleses, después de comer, se ponen siempre románticos; cosa sumamente molesta. *(Sale Sir Roberto. Entran invitados, Lady Chiltern, Lady Markby, Lord Caversham, Lady Basildon, Mistress Marchmont, el Vizconde de Nanjac y Mister Montford.)*

MARKBY. Espero querida Mistress Cheveley, que habrá usted pasado un buen rato. Sir Roberto es muy ingenioso, ¿verdad?

M. CHEV. ¡Ingeniosísimo! Estoy encantada de nuestra conversación.

MARKBY. Lleva una carrera brillantísima. Y está casado con una mujer extraordinaria. Lady Chiltren es de una intransigencia en cuestiones de moral admirable. ¡Ay!, yo soy ya demasiado vieja para molestarme en dar buen ejemplo; pero admiro sinceramente a quien lo hace. Y Lady Chiltren es un verdadero modelo, aunque sus comidas sean, a veces, un tanto aburridas. Pero no todo se puede tener en la vida, ¿verdad?

Bueno, querida, tengo que irme. ¿Quiere usted que vaya a buscarla mañana?

M. CHEV. Gracias.

MARKBY. Podemos dar una vuelta por el Parque, a las cinco. *(A Lady Chiltern.)* Buenas noches, Gertrudis. *(Sale del brazo de Lord Caversham.)*

M. CHEV. Tiene usted una casa preciosa, Lady Chiltern. He pasado una noche encantadora. Además, ¡me he alegrado tanto de conocer a su marido!

L. CHIL. ¿Por qué deseaba usted conocer a mi marido, Mistress Cheveley?

M. CHEV. Voy a decírselo. Necesitaba interesarlo en el proyecto de ese canal argentino, de que, sin duda, habrá usted oído hablar. Y le he encontrado muy bien dispuesto; dispuesto a entender razones, quiero decir. Cosa bien rara en un hombre. Le he convertido en diez minutos. Y mañana por la noche pronunciará un discurso en la Cámara en favor de la idea. Debemos ir a la tribuna de señoras para oírle.

L. CHIL. Debe haber algún error en esto. Mi marido no podrá apoyar nunca ese proyecto.

M. CHEV. ¡Oh! Le aseguro a usted que todo está ya convenido. Claro que, durante las primeras veinticuatro horas, el asunto debe permanecer en el más absoluto secreto.

L. CHIL. *(A media voz.)* ¿Un secreto? ¿Entre quienes?

M. CHEV. *(Con una llamarada de satisfacción en los ojos.)* Entre su marido de usted y yo.

ROBER. *(Entrando.)* Ya está su coche ahí, Mistress Cheveley.

M. CHEV. Gravias. Buenas noches, Lady Chiltern. Buenas noches, Lord Goring. Estoy en el Claridge (*). ¿No le parece a usted que debería pasar a dejarme tarjeta?

GORING. Si usted se empeña, Mistress Cheveley...

(*) Pronúnciese: Cláridch.

M. CHEV. ¡Oh! No tome usted un aire tan solemne, o me veré obligada a dejar yo una mía en su casa, cosa que en Inglaterra supongo debe estar muy mal mirada. En el extranjero estamos más civilizados. ¿Quiere usted acompañarme hasta abajo, Sir Roberto? Ahora que tenemos intereses comunes, espero seremos muy buenos amigos. *(Sale del brazo de Sir Roberto. Lady Chiltern va hasta el rellano de la escalera, y les sigue con la vista según van bajando, con aire agitado. Pasados unos instantes, se acercan a ella algunos invitados, con quienes se dirige hacia los otros salones.)*

MABEL. ¡Qué mujer tan horrible!

GORING. Debería usted ir a acostarse, Miss Mabel.

MABEL. ¡Lord Goring!

GORING. Hace una hora me dijo mi padre que debería irme a la cama. No veo por qué razón no he de poder dar a usted el mismo consejo. Yo siempre traspaso los buenos consejos que me dan. Es para lo único que sirven.

MABEL. Lord Goring, me está usted echando continuamente del salón. *(Se dirige hacia el sofá.)* Venga usted y siéntese, si gusta, y hábleme de lo que mejor le parezca, excepto de Mistress Cheveley. *(Echando de ver algo en el sofá, medio oculto por un cojín.)* ¿Qué es esto? Alguien que ha perdido un broche de brillantes. Y es precioso, ¿verdad? *(Enseñándoselo.)* ¡Ojalá fuese mío! Pero Gertrudis no me deja llevar más que perlas, y estoy harta de perlas. ¡Le hacen parecer a una tan fea, tan buena y tan intelectual! Pero ¿de quién será este broche?

GORING. ¿Quién lo habrá perdido?

MABEL. Es un precioso broche.

GORING. Sí, es un magnífico brazalete.

MABEL. No es un brazalete, es un broche.

GORING. Puede usarse también como brazalete. *(Se lo*

quita de las manos, y sacando un tarjetero verde, deposita la joya cuidadosamente en él, guardándolo todo en el bolsillo interior con la más perfecta sangre fría.)

MABEL. Pero ¿qué hace usted?

GORING. Miss Mabel, voy a hacerle a usted una petición un tanto extraña.

MABEL. *(Anhelosamente.)* ¡Oh, hágala usted, se lo ruego! La he estado esperando toda la noche.

GORING. *(Se desconcierta por un momento; pero inmediatamente se recobra.)* No diga usted a nadie que me he quedado con este broche. Y si alguien escribiera reclamándolo, comuníquemelo usted en seguida.

MABEL. ¿Y eso es una petición extraña?

GORING. Sepa usted que en cierta ocasión regalé este broche a una persona, hace ya bastantes años.

MABEL. ¿Lo regaló usted?

GORING. Sí. *(Entra Lady Chiltern sola. Los demás invitados se han ido.)*

MABEL. Entonces, decididamente me retiro. Buenas noches. Buenas noches, Gertrudis. *(Sale.)*

L. CHIL. Buenas noches, querida. *(A Lord Goring.)* ¿Viste a quien me trajo esta noche Lady Markby?

GORING. Sí. Ha sido una sorpresa bien desagradable. ¿Qué habrá venido a hacer aquí?

L. CHIL. Según parece, a intentar seducir a Roberto para que apoye cierto proyecto fraudulento en que está interesada: ese canal argentino.

GORING. Y ha fracasado, supongo.

L. CHIL. ¡Cómo iba ella a comprender un carácter íntegro como el de Roberto!

GORING. Sí. Es extraordinario que mujeres tan inteligentes sufran errores semejantes.

L. CHIL. Yo no llamo inteligentes a mujeres de esa clase. Las llamo estúpidas.

GORING. Muchas veces viene a ser lo mismo. Bueno; no

tengo más remedio que irme. Buenas noches, Gertrudis.

L. CHIL. Buenas noches. *(Entra Sir Roberto.)*

ROBER. ¡Mi querido Arturo, no irás a marcharte! Quédate un momento.

GORING. No me es posible; gracias. He prometido ir un momento a casa de los Harlock. Creo que han contratado una *troupe* húngara color malva, que toca música húngara también malva. Hasta la vista. Adiós. *(Sale. Pausa.)*

ROBER. ¡Qué hermosa estás esta noche, Gertrudis!

L. CHIL. ¿Verdad que no es cierto, Roberto? ¿Verdad que no es cierto? ¿Verdad que no vas a apoyar esa especulación argentina? No es posible.

ROBER. *(Estremeciéndose.)* ¿Quién te ha dicho que pensara hacerlo?

L. CHIL. Esa mujer que acaba de irse: Mistress Cheveley, como se llama ahora. Parecía querer insultarme con ello. Roberto, yo conozco a esa mujer y tú no. Fuimos compañeras de colegio. Yo la detestaba, la despreciaba. Robaba cosas; era una ladrona. La echaron del colegio por ladrona. ¿Cómo es posible que ahora influya en ti?

ROBER. Gertrudis, todo eso será cierto; pero pasó hace ya muchos años. Mistress Cheveley puede haber cambiado desde entonces. No se debe juzgar a nadie por su pasado.

L. CHIL. *(Con tristeza.)* El pasado de uno es lo que uno sigue siendo. La gente debería ser juzgada siempre por su pasado.

ROBER. ¡Palabra dura, Gertrudis!

L. CHIL. Palabra cierta. Pero ¿qué quería decir cuando se jactaba de haber conseguido que prestases tu apoyo y tu nombre a un proyecto del que te he oído hablar como del más fraudulento y vergonzoso que se ha conocido en la vida política?

ROBER. *(Mordiéndose los labios.)* Estaba equivocado

respecto a este asunto. Todos podemos equivocarnos.

L. CHIL. ¡Pero si ayer mismo me dijiste que habías recibido el informe de la Comisión, y que era en todo contrario a esa empresa!

ROBER. *(Paseando de un lado a otro.)* Tengo ahora motivos para creer que la Comisión era parcial, o que, por lo menos, estaba mal informada. Además, Gertrudis, la vida pública y la vida privada son dos cosas distintas.

L. CHIL. No veo diferencia entre ellas.

ROBER. *(Deteniéndose.)* En el caso presente, respecto a un asunto de política práctica, he cambiado de idea. Eso es todo.

L. CHIL. ¿Todo?

ROBER. *(Severamente.)* ¡Sí!

L. CHIL. ¡Roberto! ¡Oh! Es horrible que tenga que hacerte semejante pregunta... Roberto, ¿me dices toda la verdad?

ROBER. ¿Por qué me lo preguntas?

L. CHIL. *(Tras una pausa.)* ¿Por qué no me contestas?

ROBER. *(Sentándose.)* Gertrudis, la verdad es algo muy complejo, y la política mucho más aún. Es como un engranaje. Y, tarde o temprano, en la vida política, siempre se encuentra un compromiso. A todo el mundo le sucede.

L. CHIL. ¿Un compromiso? Roberto, ¿por qué hablas esta noche de modo tan distinto al que estoy acostumbrada a oirte hablar siempre? ¿Qué te ha hecho cambiar?

ROBER. ¿Y si yo te dijera...?

L. CHIL. ¿Qué?

ROBER. Que era necesario, absolutamente necesario.

L. CHIL. Nunca es necesario hacer lo que no se debe. Y si fuera necesario, ¡qué sería entonces lo que he amado en ti! Pero no es cierto, Roberto. Dime que no es cierto. ¡Cómo iba a serlo! ¿Qué ibas a ganar con ello? ¿Dinero? No lo necesitamos; y cuando el dinero es de procedencia

sucia, es una degradación. ¿Qué es entonces? Roberto, dime la causa de que estés dispuesto a cometer ese acto deshonroso.

ROBER. Gertrudis, no tienes derecho a emplear esa palabra. Ya te he dicho que se trata solamente de un compromiso admisible. No de otra cosa.

L. CHIL. Roberto, eso está bien para otros hombres, para quienes no tratan la vida más que como una sórdida especulación; pero no para ti, Roberto; no para ti. Tú eres diferente. Toda tu vida te has mantenido aparte de los demás. Has sido siempre un ideal para el mundo, como para mí. ¡Oh, continúa siendo ese ideal! Roberto, los hombres podéis amar lo que está por debajo de vosotros, cosas indignas, mancilladas y sin honor. Para nosotras, las mujeres, el amor es un culto; cuando perdemos nuestro culto, lo perdemos todo. ¡Oh, no mates el amor que te tengo; no lo mates!

ROBER. ¡Gertrudis!

L. CHIL. Sé que hay hombres con secretos horribles en su vida... Hombres que han hecho algo vergonzoso, y que en un momento dado tienen que pagarlo, cometiendo un nuevo acto vergonzoso... ¡Oh, no me digas que tú eres uno de ellos! Roberto, ¿hay en tu vida algún secreto deshonroso, inconfesable? Dime, dime en seguida que...

ROBER. ¿Qué?

L. CHIL. ¡Que nuestras vidas no tendrán que separarse!

ROBER. ¿Separarse?

L. CHIL. Que no tendrán que separarse para siempre.

ROBER. *(Tras una pausa corta.)* Gertrudis, nada hay en mi vida pasada que no puedas conocer.

L. CHIL. Estaba segura de ello, Roberto; estaba segura. Pero ¿por qué has dicho antes cosas tan terribles, tan impropias de ti? Bueno, no volvamos a hablar de ello. Escribirás a Mistress Cheve-

ley, ¿verdad? Le dirás que no puedes apoyar ese escandaloso proyecto.

ROBER. ¿Y es preciso que le escriba para decírselo?

L. CHIL. Claro que sí, Roberto. Es lo natural.

ROBER. Podría decírselo personalmente; sería preferible.

L. CHIL. No debes volver a verla, Roberto. Es una mujer a quien no deberías haber dirigido nunca la palabra. No es digna de hablar con un hombre como tú. No; debes escribirle cuanto antes; ahora, en este momento.

ROBER. ¿En este momento?

L. CHIL. Sí.

ROBER. ¡Tan tarde!

L. CHIL. No importa. Es preciso que sepa, sin pérdida de tiempo, que estaba equivocada respecto a ti..., y que no eres un hombre capaz de obrar clandestinamente, ni de cometer una vileza o un acto deshonroso. Escribe aquí, Roberto. Escribe que te niegas a secundar sus planes, porque los consideras deshonrosos. Sí; escribe deshonroso; ya sabe ella lo que significa la palabra. *(Sir Roberto se sienta y escribe una carta, que, al terminar, su mujer coge y lee.)* Sí, así está bien. *(Llama.)* Ahora el sobre. *(Sir Roberto pone el sobre lentamente. Entra Mason.)* Que lleven esta carta inmediatamente al Hotel Claridge. No espera contestación. *(Sale Manson. Lady Chiltern se arrodilla junto a su marido y le echa los brazos al cuello.)* Roberto, el amor nos da el instinto de las cosas. Siento esta noche como si te hubiese salvado de algo que podía haber sido un peligro para ti, de algo que podía haber hecho disminuir el respeto que te tienen. Tú no te das cuenta, Roberto, de que has traído a la vida política de nuestros días un aire más puro, una actitud más bella y más noble ante la vida, un fin más

elevado, un ideal más alto... Yo sí lo sé, Roberto, y por eso te quiero...

ROBER. ¡Oh, quiéreme siempre, Gertrudis, quiéreme siempre!

L. CHIL. Siempre te querré..., siempre; porque siempre serás digno de que te quiera. *(Le besa, se levanta y sale. Sir Roberto pasea un instante, de un lado a otro. Luego se sienta y esconde el rostro entre las manos. Entra Mason y empieza a apagar las luces. Sir Roberto levanta la cabeza.)*

ROBER. ¡Apaga las luces, Mason, apaga todas las luces! *(El criado apaga las luces. La habitación queda casi sumida en la oscuridad. La única luz que alumbra procede de la araña que cuelga sobre la escalera, iluminando el tapiz que representa el "Triunfo del amor".)*

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Gabinete en casa de Sir Roberto Chiltern. Lord Goring, vestido a la última moda, se encuentra cómodamente sentado en un gran sillón. Sir Roberto está en pie, junto a la chimenea, en un estado de visible excitación y angustia. Durante la escena pasea nerviosamente de un lado para otro.

GORING. Querido Roberto, es un asunto difícil, muy difícil. Debiste haber puesto al corriente de todo a tu mujer. Los secretos con las mujeres de los demás son un lujo necesario en la vida moderna. Por lo menos, así me lo han asegurado más de una vez en el Club personas lo suficientemente calvas para saber a qué atenerse. Pero ningún hombre debería tener secretos para su mujer. Esta acaba siempre por descu-

brirlos. Las mujeres tienen un maravilloso instinto para estas cosas. Son capaces de descubrirlo todo, menos lo que salta a la vista.

ROBER. Arturo, yo no podía decir nada a mi mujer. ¿Cuándo iba a decírselo? Anoche, imposible. Hubiera provocado entre nosotros una separación para toda la vida, y habría perdido el amor de la única mujer a quien quiero en el mundo, de la única mujer que me ha hecho conocer el amor. Se hubiera apartado de mí con horror...; con horror y con desprecio.

GORING. ¿Tan perfecta es Gertrudis?

ROBER. Tan perfecta.

GORING. *(Quitándose el guante de la mano izquierda.)* ¡Qué lástima! Pero si lo que me dices es cierto, me gustaría tener una conversación seria con ella.

ROBER. Sería completamente inútil.

GORING. ¿Me permites que lo intente?

ROBER. Inténtalo; pero nada podrá alterar sus ideas.

GORING. ¡Quién sabe!... Pero conste que, a mi juicio, deberías habérselo confesado todo hace unos cuantos años.

ROBER. ¿Cuándo? ¿Cuando éramos novios? ¿Crees que se habría casado conmigo si hubiera conocido el verdadero origen de mi fortuna, una cosa que la mayoría de los hombres calificarían de infame y vergonzosa?

GORING. *(Pausadamente.)* Sí; la mayoría de los hombres emplearían palabras gruesas, no hay duda.

ROBER. *(Amargamente.)* Hombres que todos los días hacen algo semejante. Hombres que, desde el primero hasta el último, ocultan secretos mucho peores en sus propias vidas.

GORING. Por eso precisamente les gusta tanto descubrir los secretos de los demás. Esperan así distraer la atención pública de los suyos.

ROBER. Y después de todo, ¿he perjudicado a alguien con lo que he hecho? A nadie.

GORING. *(Mirándole fijamente.)* Excepto a ti mismo, Roberto.

ROBER. *(Paseando de un lado a otro.)* Pero, ¿crees que lo que hice hace cerca de dieciocho años deba volverse contra mí ahora? ¿Encontrarías justo arruinar la carrera de un hombre por una falta cometida casi en la adolescencia? En aquella época no tenía más que veintidós años, y padecía la doble desgracia de ser pobre y de familia distinguida; dos cosas imperdonables en estos tiempos. ¿Sería justo que una locura, un pecado de juventud, si prefieren llamarlo pecado, viniera a arruinar una vida como la mía, destrozando toda mi labor, echando por tierra todo lo que he construído? ¿Sería justo, Arturo?

GORING. La vida nunca es justa, Roberto; acaso afortunadamente para la mayoría de nosotros.

ROBER. Todos los hombres ambiciosos tienen que combatir a su siglo con sus propias armas. La idolatría de este siglo es la riqueza. El dios de este siglo es el oro. Para triunfar es preciso ser rico. Es preciso hacerse rico a toda costa.

GORING. Eres injusto contigo mismo, Roberto. Créeme; igual hubieras triunfado sin ser rico.

ROBER. Cuando hubiera sido viejo, quizá... Cuando hubiese ya perdido mi pasión de dominio. Cuando me hubiera encontrado cansado, gastado, desilusionado. No, yo necesitaba triunfar siendo joven. En la juventud es cuando se necesita el éxito. No podía esperar...

GORING. Pues bien: ya has triunfado siendo joven, no cabe duda. ¡Subsecretario de Estado a los cuarenta años! Me parece que es para satisfacer al más descontento...

ROBER. ¿Y si de todo ello fueran a despojarme ahora? Todo puedo perderlo si el escándalo estalla,

GORING. Pero ¿cómo has podido venderte por dinero, Roberto?

ROBER. *(Con agitación.)* No me vendí por dinero. Al contrario, compré muy caro el triunfo.

GORING. *(Gravemente.)* Sí; lo pagaste muy caro, no cabe duda. Pero ¿quién te sugirió semejante idea?

ROBER. El Barón Arnheim.

GORING. ¡Maldito bribón!

ROBER. No; era un hombre sutil y de una inteligencia refinada. Uno de los hombres más inteligentes que he conocido.

GORING. Prefiero un tonto decente. ¡Ah, habría mucho que decir en favor de la tontería! Mucho más de lo que la gente se figura. Yo, por mi parte, siento una profunda admiración por los tontos. Quizá sea un sentimiento de confraternidad. Pero ¿cómo se las arregló? Cuéntame todo.

ROBER. *(Sentándose en un sillón, junto a la mesa de despacho.)* Una noche, en casa de Lord Radley, después de cenar, comenzó a hablar el Barón del éxito en la vida moderna, como de algo que podía condensarse en una ciencia perfectamente definida. Con aquella voz suya, grave y tan fascinadora, nos expuso la más terrible de las filosofías, la filosofía del poder; nos predicó el más maravilloso de los evangelios, el evangelio del oro. Sin duda, observó el efecto que había producido en mí, pues pocos días después me escribió rogándome que fuera a verle. No olvidaré nunca aquella sonrisa de sus labios pálidos, sinuosos, mientras me conducía a través de su casa, mostrándome sus cuadros y tapices, sus esmaltes, sus joyas y deslumbrándome con la belleza y el lujo. Luego me dijo que el lujo era solamente como un telón de fondo, como una decoración en una comedia; pero que el poder, el poder sobre los demás hombres, el poder sobre el mundo era la única cosa

digna de ser poseída, un placer supremo, el único que vale le pena de conocer; el único de que no se cansa uno jamás y que en nuestro siglo sólo poseen los ricos.

GORING. *(Al cabo de una pausa.)* Un credo absolutamente superficial.

ROBER. *(Levantándose.)* No lo creí entonces así. Y tampoco lo creo ahora. La riqueza me ha dado una fuerza enorme. Me hizo libre desde el comienzo mismo de mi existencia, y la libertad es todo. Tú nunca has sido pobre, ni has sabido lo que es la ambición. No podías comprender qué maravillosa oportunidad me ofrecía el Barón. Una oportunidad que a pocos hombres se les presenta.

GORING. Afortunadamente para ellos, si hemos de juzgar por el resultado. Pero, acaba de una vez, ¿cómo logró persuadirte el Barón para que... bueno, para que hicieras lo que hiciste?

ROBER. En el momento de despedirme me dijo que si alguna vez podía procurarle un informe particular de verdadero valor, haría de mí un hombre rico. Quedé deslumbrado ante esta perspectiva. Mi ambición, mi deseo de dominio no tenían límites en aquel momento. Un mes más tarde pasaron por mis manos ciertos documentos privados...

GORING. *(Manteniendo los ojos fijos en la alfombra.)* ¿Documentos de Estado?

ROBER. Sí. *(Lord Goring suspira, se pasa la mano por la frente y levanta la cabeza.)*

GORING. Eres el único hombre de este mundo, Roberto, a quien no hubiera creído lo bastante débil para ceder a una tentación semejante.

ROBER. ¿Débil? ¿Crees realmente, Arturo, que es debilidad ceder a la tentación? Te aseguro que hay tentaciones tan terribles que para ceder a ellas se necesita fuerza, fuerza y valor. Yo tuve ese valor. Aquella misma tarde escribí al Ba-

rón Arnheim la carta que hoy tiene en su poder esa mujer. La operación le produjo cerca de un millón de libras.

GORING. ¿Y a ti?

ROBER. El Barón me entregó 100.000 libras.

GORING. Valías más, Roberto.

ROBER. No; este dinero me procuró justamente lo que necesitaba: el poder sobre los demás. Entré en la Cámara inmediatamente. El Barón me daba de vez en cuando consejos financieros. No habían pasado cinco años, y casi había triplicado mi fortuna. Desde entonces, en todo lo que he emprendido he tenido éxito.

GORING. Pero dime, Roberto, ¿no te has arrepentido nunca de lo hecho?

ROBER. No; tengo la convicción de haber combatido a mi siglo con sus propias armas, y de haber ganado.

GORING. *(Tristemente.)* ¿Crees haber ganado?

ROBER. Lo creo. *(Tras una larga pausa.)* Arturo, ¿me desprecias, acaso, por lo que te he contado?

GORING. *(Profundamente conmovido.)* Me siento triste por ti, Roberto, muy triste.

ROBER. No quiere esto decir que no haya sufrido remordimientos, no; los he sufrido. No remordimientos en el sentido vulgar y estúpido de la palabra, no. Pero he pesado mi conciencia muchas veces. Tenía la esperanza insensata de poder desarmar al destino. Y la suma que me dió el Barón la he distribuído, duplicada, en obras de caridad.

GORING. *(Levantando la cabeza.)* ¿En obras de caridad? ¡Dios mío, el daño que debes haber hecho, Roberto! *(Pausa breve.)* Por lo que hace a este desgraciado asunto, no necesito decirte que te ayudaré en lo que pueda, con todas mis fuerzas. Inútil decírtelo.

ROBER. Gracias, Arturo, gracias. Pero ¿qué hacer? ¿Qué se podría hacer?

GORING. *(Recostándose en la butaca con las manos metidas en los bolsillos.)* Desde luego no hay que pensar en una confesión pública. Las cuestiones de dinero son siempre muy peliagudas. Además, si confesaras de plano, te verías imposibilitado de volver a hablar de moral. Y en Inglaterra, un político que no puede hablar de moral dos veces por semana ante un gran auditorio popular e inmoral, está casi tan perdido como un político en serio. No, confesar sería tu ruina.

ROBER. Completamente. No me queda otro partido que luchar hasta el último momento.

GORING. *(Levantándose.)* No esperaba menos de ti, Roberto. Sí, es el único partido que te queda. Y debes comenzar por confesarlo todo a tu mujer.

ROBER. Eso no, jamás.

GORING. Roberto, créeme, estás en un error.

ROBER. Me sería imposible hacerlo. Perdería el amor que me tiene. En cuanto a esa mujer, a esa Mistress Cheveley, ¿cómo podría defenderme contra ella? Según parece, ya la conocías.

GORING. Sí.

ROBER. ¿Mucho?

GORING. *(Arreglándose la corbata.)* Tan poco, que le di palabra de casamiento en una ocasión, estando de temporada en casa de los Tenby... Fué cosa de tres días, poco más o menos.

ROBER. ¿Y por qué fué la ruptura?

GORING. ¡Oh, no recuerdo! Pero no tiene importancia. A propósito, ¿has probado si con dinero...? En otro tiempo, le tenía una aficion endiablada.

ROBER. Le he ofrecido el dinero que quisiera y ha rehusado.

GORING. Entonces, el maravilloso evangelio del oro falla a veces. Los ricos no pueden hacer todo lo que quieren, al fin y al cabo.

ROBER. No todo, es verdad. Arturo, sospecho que me está reservado el deshonor público. Tengo casi

la evidencia de ello. Hasta ahora nunca supe lo que era terror. Es como si una mano de hielo se posara sobre el corazón. Es como si el corazón palpitase desesperadamente en el vacío.

GORING. *(Dando un puñetazo en la mesa.)* Roberto, es preciso luchar contra ella. Es preciso luchar.

ROBER. Pero ¿cómo?

GORING. En este momento no puedo decírtelo. No tengo ni la más ligera idea. Pero todo el mundo tiene un punto flaco. *(Se dirige hacia la chimenea, y se contempla en el espejo.)* Mi padre dice que hasta yo tengo defectos. Puede; pero no los conozco.

ROBER. Para defenderme contra Mistress Cheveley tengo derecho a usar todo género de armas, ¿no es cierto?

GORING. *(Contemplándose aún.)* Yo, en tu lugar, no tendría el menor escrúpulo en hacerlo. Ya ella es capaz de defenderse.

ROBER. *(Se sienta ante la mesa y coge una pluma.)* Bien; pues voy a poner un telegrama cifrado a nuestra Embajada en Viena, preguntando si se sabe algo en contra suya. Puede haber algún escándalo secreto que la atemorice.

GORING. *(Arreglándose la flor del ojal.)* ¡Oh! Me parece que Mistress Cheveley es una de esas mujeres que consideran que un nuevo escándalo les sienta tan bien como un nuevo sombrero. Estoy seguro de que adora los escándalos y de que su preocupación actual es no poder procurarse todos los que desearía.

ROBER. *(Escribiendo.)* ¿Por qué dices eso?

GORING. *(Volviéndose.)* Iba anoche demasiado pintada y demasiado poco vestida. Y esto es un síntoma de desesperación.

ROBER. *(Tocando un timbre.)* Pero, entretanto, no estará de más mi telegrama a Viena, ¿no te parece?

GORING. Nunca está de más una pregunta, aunque a veces huelgue la respuesta. *(Entra Mason.)*

ROBER. *(Mete la carta en un sobre, que cierra cuidadosamente.)* Dígale a Míster Trafford que cifre este despacho y lo envíe inmediatamente. *(Mason toma la carta, se inclina y sale.)*

ROBER. Lucharé con ella a muerte, mientras mi mujer no sepa nada.

GORING. *(Enérgicamente.)* ¡Oh! Lucha, suceda lo que suceda..., a pesar de todo.

ROBER. *(Con un gesto de desesperación.)* Si mi mujer se enterase, poco tendría ya que luchar. Bueno, tan pronto como reciba noticias de Viena, te pondré al corriente de ellas. Es un azar, un simple azar; pero confío en él. Y como combatí al siglo con sus propias armas, la combatiré a ella. Me parece que será hacerle justicia. Da la sensación de una mujer de historia, ¿verdad?

GORING. La mayoría de las mujeres bonitas la tienen. Pero en cuestión de historia, como de trajes, existe una moda. Quizá la historia de Mistress Cheveley no pase de un simple descote. Por otra parte, mi querido Roberto, yo nunca confiaría demasiado en asustar a Mistress Cheveley. No creo que Mistress Cheveley sea una mujer que se asuste fácilmente. Ha sobrevivido a todos sus acreedores, y demuestra una maravillosa sangre fría.

ROBER. ¡Oh! Ahora tengo que vivir de esperanzas. Me aferro a toda probabilidad. Me siento semejante a un hombre que está a punto de naufragar. ¡Chist! Oigo la voz de mi mujer. *(Entra Lady Chiltern en traje de calle.)*

L. CHIL. Buenas tardes, Arturo.

GORING. Buenas tardes. ¿Qué, has estado en el Parque?

L. CHIL. No; vengo de la Asociación Libre de la Mujer, donde, por cierto, han acogido tu nombre, Roberto, con grandes aplausos. *(A Lord Goring.)* Tomarás el te con nosotros, ¿verdad?

GORING. Gracias; me quedaré unos instantes.

L. CHIL. Vuelvo en seguida. Voy sólo a quitarme el sombrero.

GORING. *(Con la mayor seriedad.)* ¡Oh!, no; por favor. ¡Es tan bonito! Uno de los sombreros más bonitos que he visto en mi vida. Supongo que la Asociación Libre de la Mujer lo habrá acogido también con grandes aplausos.

L. CHIL. *(Sonriendo.)* Tenemos que hacer algo más importante que mirarnos los sombreros unas a otras.

GORING. ¿De verdad? ¿Y qué es?

L. CHIL. ¡Oh! Cosas aburridas y útiles: las leyes de fábricas, la jornada de ocho horas, la franquicia parlamentaria... En fin, cosas todas que a ti te parecerían desprovistas de interés.

GORING. ¿Y no habláis nunca de sombreros?

L. CHIL. *(Con fingida indignación.)* ¡Jamás! *(Sale Lady Chiltern por la puerta que conduce a su tocador.)*

ROBER. *(Cogiendo las manos de Lord Goring.)* Eres un buen amigo mío, Arturo; el mejor de mis amigos.

GORING. No sé que haya podido hacer nada por ti hasta ahora, Roberto.

ROBER. Me has ayudado a decirte toda la verdad. Y ya es algo. Esta verdad me ha ahogado siempre. Hubiera dado el mundo entero por haber tenido valor para decir la verdad..., para vivir la verdad. ¡Ah!, eso es lo grande de la vida, ¡vivir la verdad! *(Suspira y se dirige hacia la puerta.)* Espero que te veré pronto, ¿verdad?

GORING. Naturalmente. Volveré por aquí mañana. Si, por casualidad, necesitaras verme antes, envíame dos letras a casa.

ROBER. Gracias. *(En el momento en que va a salir, entra Lady Chiltern del tocador.)*

L. CHIL. ¿No pensarás salir, Roberto?

ROBER. Tengo que escribir algunas cartas, querida.

L. CHIL. *(Yendo hacia él.)* Trabajas demasiado, Roberto. No piensas nunca en ti, y ¡tienes un aire de cansancio!

ROBER. No es nada, querida; no es nada. *(La besa y sale.)*

L. CHIL. *(A Lord Goring.)* Siéntate. Me alegro mucho de que hayas venido. Deseaba hablar contigo sobre... Tranquilízate; no se trata de sombreros, ni de la Asociación Libre de la Mujer. Te interesas demasiado por lo primero, y no lo bastante por lo segundo.

GORING. Deseabas hablarme de Mistress Cheveley, ¿no es eso?

L. CHIL. Eso es. Lo has adivinado. Después de irte anoche, me enteré de que lo que había dicho aquella mujer era verdad. Por supuesto, hice que Roberto le escribiese una carta retirando su promesa.

GORING. Eso me ha dado a entender Roberto.

L. CHIL. Mantenería hubiera sido dejar caer un borrón sobre un nombre que ha sido siempre intachable. Roberto no es como los demás hombres. No puede hacer lo que hacen los demás. *(Mira a Lord Goring, que permanece silencioso.)* ¿No estás de acuerdo conmigo? Tú eres el mejor amigo de Roberto, nuestro mejor amigo. Exceptuándome a mí, nadie conoce a Roberto mejor que tú. El no tiene secretos para mí, y no creo que los tenga tampoco para ti.

GORING. Desde luego que no. Por lo menos, tal creo.

L. CHIL. ¿Quieres decirme entonces si no es justa la admiración que siento por él? Sé que lo es. Pero háblame con franqueza.

GORING. *(Mirándola fijamente.)* ¿Con franqueza?

L. CHIL. Sin duda. Espero que no tendrás nada que ocultarme.

GORING. Nada. Pero, querida Gertrudis, te diré que en la vida práctica...

L. CHIL. *(Sonriendo.)* De la que tan poco sabes tú...

GORING. De la que nada sé por experiencia, aunque conozca algo de ella por observación. En la vida práctica, repito, cuando un hombre se ha propuesto llegar a determinada altura, si tiene que trepar, trepa, y si fuera preciso arrastrarse por el lodo...

L. CHIL. ¿Qué?

GORING. Se arrastra por el lodo. Claro que estoy hablando en general.

L. CHIL. *(Gravemente.)* Lo supongo. Pero ¿por qué me miras de ese modo tan raro?

GORING. He pensado muchas veces que... que quizá son demasiado severas las ideas que tienes sobre la vida, Gertrudis. Temo no seas bastante indulgente. Toda naturaleza tiene sus debilidades. Supongamos, por ejemplo, que... que cualquier hombre público, mi padre, o Lord Merton, o Roberto, cualquiera, hubiese escrito hace años una carta indiscreta...

L. CHIL. ¿Qué entiendes por una carta indiscreta?

GORING. Una carta que compromete gravemente nuestra posición. Claro que estoy hablando de un caso imaginario.

L. CHIL. Roberto es incapaz de cometer una indiscreción, como tú dices, lo mismo que de hacer nada que no sea honorable.

GORING. *(Tras una larga pausa.)* Todo el mundo es capaz de cometer una indiscreción; todo el mundo es capaz de cometer una mala acción.

L. CHIL. ¿Pero ahora salimos con que eres pesimista? ¿Qué van a decir los otros *dandys?*

GORING. *(Levantándose.)* No, no soy pesimista. En realidad, no estoy muy seguro de saber lo que es el pesimismo. Lo único que sé es que no puede comprenderse la vida sin mucha caridad, que no puede vivirse sin mucha caridad. El amor, y no la filosofía alemana, es la verdadera explicación de este mundo, sea cual fuere la del próximo. Y si alguna vez te encuentras en una

situación difícil, ten absoluta confianza en mí, que yo te ayudaré con todas mis fuerzas. Si alguna vez me necesitas, llámame, y me tendrás a tu lado.

L. CHIL. *(Mirándole sorprendida.)* ¡Pero, Arturo, estás hablando en serio! Que yo recuerde, es la primera vez...

GORING. *(Riendo.)* Perdón; trataré de que no vuelva a ocurrir.

L. CHIL. ¡Pero si me agrada esa seriedad! *(Entra Mabel, deliciosamente vestida.)*

MABEL. Querida Gertrudis, no digas esos horrores a Lord Goring. La seriedad le sentaría muy mal. Buenas tarde, Lord Goring. Le ruego a usted que sea todo lo frívolo que pueda.

GORING. No deseo otra cosa. Pero temo estar un tanto calamitoso esta tarde; además, tengo que irme ya.

MABEL. ¡Justamente cuando vengo yo! ¡Bonita manera de portarse! No cabe duda de que le han educado a usted muy mal.

GORING. Exacto.

MABEL. ¡Oh, si le hubiera educado a usted yo!

GORING. Lamento no haber tenido esa suerte.

MABEL. Pero ya debe ser demasiado tarde.

GORING. *(Sonriendo.)* ¡Quién sabe!

MABEL. ¿Quiere usted que salgamos juntos a caballo mañana?

GORING. Perfectamente; a las diez.

MABEL. ¿No se olvidará usted?

GORING. Puede usted estar segura. A propósito, Gertrudis, los periódicos de anoche no han publicado la lista de tus invitados. Sin duda por falta de espacio. ¿Podrías procurarme una? Tengo motivos particulares para pedírtela.

L. CHIL. Seguramente Mr. Trafford podrá procurarte una.

GORING. Mil gracias. Adiós, Gertrudis. No olvidarás lo que te he dicho, ¿verdad?

L. CHIL. No; pero no me explico la razón por que me lo has dicho.

GORING. Y quizá yo tampoco. *(A Miss Mabel.)* Hasta mañana, ¿eh?

MABEL. *(Con un ligero mohín de descontento.)* Desearía que no se fuese usted. He tenido cuatro aventuras sorprendentes esta mañana; cuatro y media, mejor dicho. Podía usted quedarse a escucharlas.

GORING. ¡Cuatro aventuras y media! ¡Qué egoísta! ¡Bien podía usted haber dejado alguna para mí!

MABEL. Usted no las necesita. No serían buenas para usted.

GORING. Es la primera cosa poco amable que me ha dicho usted nunca. ¡Pero lo ha dicho usted con tanta gracia! Hasta mañana, a las diez.

MABEL. ¿En punto?

GORING. En punto, en punto. Pero no lleve usted a Míster Trafford.

MABEL. Claro que no lo llevaré. Tommy Trafford está en desgracia.

GORING. Celebro infinito saberlo. *(Se inclina, y sale.)*

MABEL. Gertrudis, desearía que hablases a Tommy Trafford.

L. CHIL. ¿Qué ha hecho esta vez ese pobre Míster Trafford? Roberto asegura que es el mejor secretario que ha tenido.

MABEL. Pues nada, que se me ha declarado otra vez. Como que no hace otra cosa que declarárseme. Se me declaró anoche en la sala de música, encontrándome sola y desamparada, mientras tocaban un trío complicadísimo. Inútil decirte que no me atreví a contestarle lo más mínimo. Seguramente habrían dejado de tocar. ¡Los músicos son tan absurdos! Quieren siempre que se vuelva uno mudo, precisamente en el momento en que desearía uno quedarse sordo. Luego ha vuelto a declarárseme en pleno día, ante esa espantosa estatua de Aquiles. Y a la

hora de almorzar le he conocido en los ojos que iba a declarárseme de nuevo. Afortunadamente, logré cortarle a tiempo. Además, ¡es tan aburrido su procedimiento de declararse! Si se declarase en alta voz, me tendría más sin cuidado. Esto podría hacer cierto efecto en el público. Pero lo hace en un tono confidencial horrible. Cuando Tommy se siente romántico habla lo mismo que un médico. Desearía que tú, Gertrudis, le hablases y le dijeses que una declaración por semana es más que suficiente, y, además, que debe ser hecha en forma que llame un poco la atención de la gente.

L. CHIL. Querida Mabel, no hables así. Además, ya sabes que Roberto tiene en gran estimación a Míster Trafford. Le cree destinado a un brillante porvenir.

MABEL. ¡Oh! ¡Por nada del mundo me casaría yo con un hombre destinado a un brillante porvenir!

L. CHIL. ¡Mabel!

MABEL. Sí; ya lo sé, querida. Tú te casaste con un hombre de porvenir, ¿verdad? Pero Roberto es un hombre de genio. Y tú tienes un carácter noble y abnegado, capaz de soportar a un genio, y yo no. Los genios hablan mucho, ¿verdad? ¡Una costumbre pésima! Además, siempre están pensando en sí mismos, y yo necesito que piensen en mí. Bueno; me voy a casa de Lady Basildon, al ensayo, que ya es hora. Recordarás que tenemos cuadros vivos. *(Besa a Lady Chiltern y sale, volviendo a entrar al instante.)* Gertrudis, ¿sabes quién viene a verte? Esa horrible Mistress Cheveley. Y trae un traje delicioso. ¿La has invitado?

L. CHIL. *(Levantándose.)* ¡Mistress Cheveley! ¿Que viene a verme? ¡Imposible!

MABEL. Te aseguro que sube por la escalera.

L. CHIL. Bueno; vete, Mabel. Recuerda que Lady Basildon está esperándote.

MABEL. Espera, quiero saludar a Lady Markby. Me gusta que me riña. *(Entra Mason.)*

MASON. Lady Markby y Mistress Cheveley. *(Entran Lady Markby y Mistress Cheveley.)*

L. CHIL. *(Yendo al encuentro de ellas.)* Querida Lady Markby, ¡qué amable en venir a verme! *(Estrecha su mano y saluda fríamente a Mistress Cheveley.)* Siéntense ustedes.

M. CHEV. Gracias. ¿No es Miss Chiltern...? Me gustaría conocerla.

L. CHIL. Mabel, Mistress Cheveley desea conocerte. *(Mabel hace una ligera inclinación de cabeza.)*

M. CHEV. *(Sentándose.)* Venía pensando en su traje de anoche, Miss Chiltern, tan bonito y tan sencillo. Le sentaba a usted muy bien.

MABEL. ¿Sí? Se lo diré a mi modista. Va a ser una sorpresa para ella. Adiós, Lady Markby.

MARKBY. ¿Te vas ya?

MABEL. Lo siento mucho, pero no tengo más remedio. Me queda el tiempo justo para llegar al ensayo. Se trata de una obra de caridad, para socorro de gente que no lo merece; la única gente que me inspira verdadero interés. Yo soy la secretaria, y Tommy Trafford, el tesorero.

MARKBY. *(Reflexionando.)* Eres demasiado modernista, Mabel, demasiado. Y no hay nada tan peligroso como ser demasiado modernista. Se expone uno a quedarse anticuado en seguida. Conozco una porción de casos.

MABEL. ¡Qué espantosa perspectiva!

MARKBY. Tú no tienes por qué inquietarte. Siempre serás preciosa. Y no hay moda mejor que ésa. La única que hasta ahora ha conseguido lanzar Inglaterra.

MABEL. *(Haciendo una reverencia.)* Muchas gracias, Lady Markby, por Inglaterra... y por mí. *(Sale.)*

MARKBY. *(Volviéndose hacia Lady Chiltern.)* Querida

Gertrudis, hemos venido a ver si han encontrado el broche de Mistress Cheveley.

L. CHIL. ¿Aquí?

M. CHEV. Sí; lo eché de menos al volver al hotel, y pensé que quizá se me caería aquí.

L. CHIL. No me han dicho nada; pero llamaré al mayordomo y le preguntaremos. *(Toca el timbre.)*

M. CHEV. ¡Oh! No se moleste usted. Seguramente lo habré perdido en la Opera, antes de venir aquí. *(Entra Mason.)*

L. CHIL. ¿Cómo es ese broche que ha perdido usted, Mistress Cheveley?

M. CHEV. De brillantes, con un rubí bastante grande en el centro.

L. CHIL. ¿Han encontrado esta mañana un broche de brillantes, con un rubí, en alguno de los salones, Mason?

MASON. No, señora.

M. CHEV. ¡Oh! No tiene importancia, Lady Chiltern. Siento haberla molestado.

L. CHIL. *(Friamente.)* En absoluto. Está bien, Mason. Puede usted servir el te. *(Sale Mason.)*

MARKBY. Realmente, es muy desagradable perder cosas. Recuerdo que una vez en Bath (*), en la sala de inhalaciones, perdí un precioso brazalete que me había regalado Sir Juan. Pues desde entonces creo que no ha vuelto a regalarme nada. Se ha echado completamente a perder. Esa condenada política es la mayor calamidad que puede caer sobre un hogar dichoso, casi tan grande como esa cosa abominable que llaman la educación de la mujer.

L. CHIL. Mire usted que es una herejía hablar así en esta casa. Roberto es un partidario decidido de la educación de la mujer, y temo que yo también.

(*) Pronúnciese: Baz.

M. CHEV. La educación del hombre es lo que me gustaría ver. ¡Están tan necesitados!

MARKBY. Cierto, querida. Pero mucho me temo que no sea posible. En cuanto a las mujeres..., usted, querida Gertrudis, pertenece a la generación joven, y basta que usted apruebe una cosa para que yo la tenga por excelente. Pero en mis tiempos nos enseñaban a no comprender nada. Era el antiguo sistema, y muy divertido, por cierto. No puede usted figurarse el montón de cosas que nos enseñaron a no comprender a mi pobre hermana y a mí. Pero las mujeres modernas, según me han dicho, lo comprenden todo.

M. CHEV. Excepto a sus maridos. Esto es lo único que la mujer moderna no comprende.

MARKBY. Y hacen bien, querida. ¡Cuántos matrimonios felices se acabarían si lo hiciesen! Claro que no me refiero al de usted, Gertrudis. Usted ha tenido la suerte de encontrar un marido modelo. ¡Ojalá pudiera yo decir otro tanto del mío! Pero desde que Sir Juan ha decidido asistir con regularidad a las sesiones, cosa que nunca hacía en sus buenos tiempos, se ha puesto insoportable. Figúrense ustedes que esta mañana, a la mitad del desayuno, se planta en el centro de la habitación, con las manos en los bolsillos, y se dirige al país a voz en cuello. Tuve que irme de la mesa, sin haber tomado más que dos tazas de te. Pero como si no: se oían sus voces en toda la casa. Espero, Gertrudis, que Sir Roberto no será así, ¿verdad?

L. CHIL. ¡Pero si a mí me interesa la política, Lady Markby! Y me gusta oír hablar a Roberto. *(Entra el mayordomo, seguido de un lacayo, llevando una mesita con el te, que colocan junto a Lady Chiltern.)* ¿Una taza de té, Mistress Cheveley?

M. CHEV. Gracias. *(Toma una taza de te.)*

L. CHIL. ¿Y usted, Lady Markby?

MARKBY. No, gracias, querida. *(Salen los criados.)* El caso es que había prometido a Lady Brancaster ir un momento a verla. ¡Está tan desconsolada! Su hija se ha empeñado en casarse con uno que no es de su clase, y el hijo mayor está reñido con el padre. Pero, al parecer, es cosa corriente hoy día, y hay una porción de hijos que no quieren nada con sus padres, y una infinidad de padres que ni siquiera dirigen la palabra a sus hijos. ¡Es lamentable!

M. CHEV. ¡Ya lo creo! ¡Los padres tienen tanto que aprender de sus hijos!

MARKBY. ¿Sí? ¿El qué?

M. CHEV. El arte de vivir. El único arte realmente bello que hemos producido en los tiempos modernos.

MARKBY. ¡Ay! Me parece que Lord Brancaster sabe bastante sobre el particular. Bastante más que su pobre mujer. *(Volviéndose hacia Lady Chiltern.)* Bueno, Gertrudis, si usted me lo permite, voy a dejar a Mistress Cheveley a su cuidado, y dentro de un cuarto de hora pasaré a recogerla. A no ser que no le importe a usted, querida Mistress Cheveley, aguardarme en el coche mientras saludo a Lady Brancaster. Como es una visita casi de pésame, no estaré más que un momento.

L. CHIL. *(Levantándose.)* ¡Oh!, espero que Mistress Cheveley la aguardará a usted aquí. Me gustaría tener unos minutos de conversación con ella.

M. CHEV. ¡Muy amable, Lady Chiltern! Esté usted segura de que nada podría serme más grato.

MARKBY. ¡Ah!, sí; tendrán ustedes una porción de buenos recuerdos del colegio de qué hablar. Bueno; las dejo. Adiós, querida Gertrudis; un saludo a Sir Roberto. *(Sale.)*

M. CHEV. ¡Qué mujer tan extraordinaria esta Lady Mar-

kby! ¿Verdad? No he conocido a nadie que hable más y diga menos. Había nacido para orador. Mucho más que su marido.

L. CHIL. *(No contesta y permanece en pie. Pausa. Luego, las miradas de ambas se cruzan. Lady Chiltern, severa y pálida. Mistress Cheveley más bien divertida.)* Mistress Cheveley, me creo en el deber de decirle con toda franqueza que, de haber sabido quién era usted, no la habría invitado a venir a mi casa anoche.

M. CHEV. *(Con sonrisa impertinente.)* ¿De veras?

L. CHIL. De veras.

M. CHEV. Veo que los años no la han cambiado a usted lo más mínimo, Gertrudis.

L. CHIL. Yo no cambio nunca.

M. CHEV. Entonces, la vida ¿no le ha enseñado a usted nada?

L. CHIL. Me ha enseñado que quien comete una vez un acto vergonzoso, puede cometerlo por segunda vez, y debe ser tenido a distancia.

M. CHEV. ¿Aplicaría usted esa regla a todo el mundo?

L. CHIL. A todo el mundo, sin excepción.

M. CHEV. Lo siento por usted. Gertrudis; se lo aseguro; lo siento por usted.

L. CHIL. Comprenderá usted entonces que una amistad entre nosotras, durante su estancia en Londres, es completamente imposible.

M. CHEV. *(Reclinándose en su sillón.)* Bueno; hable usted de moral cuanto guste, Gertrudis. La moral no es más que la actitud que adoptamos con las personas que nos son antipáticas. Yo le soy antipática a usted. Bien, ¡qué le vamos a hacer! También usted me lo es a mí. Y, sin embargo, he venido a prestarle un servicio.

L. CHIL. *(Despectivamente.)* Supongo que como el servicio que venía usted a prestar a mi marido anoche. A Dios gracias, pude salvarlo.

M. CHEV. *(Irguiéndose bruscamente.)* ¡Ah! ¿Fué usted quien le hizo escribirme aquella carta tan in-

solente? ¿Fué usted quien le hizo faltar a su promesa?

L. CHIL. Sí; yo fuí.

M. CHEV. Entonces, usted hará que la cumpla. Le doy a usted de plazo hasta mañana por la mañana, ni un momento más. Si para entonces no se compromete solemnemente su marido a ayudarme en esa gran empresa en que estoy interesada...

L. CHIL. Esa especulación fraudulenta...

M. CHEV. Llámela usted como guste. Tengo a su marido en mis manos, y si es usted sensata, le obligará usted a hacer lo que le pido.

L. CHIL. *(Levantándose y dirigiéndose hacia ella.)* Se pone usted insolente. ¿Qué tiene mi marido que ver con usted? ¿Con una mujer como usted?

M. CHEV. *(Con una sonrisa sarcástica.)* En este mundo, los semejantes se encuentran. Porque su marido es también un hombre sin honor, hacemos tan buena pareja. Entre usted y él hay un abismo. En cambio, él y yo estamos más unidos que dos amigos. Somos enemigos atados juntos. El mismo pecado nos liga.

L. CHIL. ¿Cómo se atreve usted a compararse con mi marido? ¿Cómo se atreve usted a amenazarnos? Salga usted de esta casa. No es usted digna de estar en ella. *(Entra Sir Roberto Chiltern por el fondo. Oye las últimas palabras de su mujer, ve a quien van dirigidas y se queda mortalmente pálido.)*

M. CHEV. ¡Su casa! Una casa comprada a costa del deshonor. Una casa en que todo ha sido pagado con el fraude. *(Volviéndose echa de ver a Sir Roberto Chiltern.)* ¡Pregúntele usted cuál es el origen de su fortuna! ¡Que le diga a usted cómo vendió a un especulador de Bolsa un secreto de Estado! ¡Entérese usted de a qué debe su posición.

L. CHIL. ¡Mentira! ¡Mentira! ¿Verdad que es mentira, Roberto?

M. CHEV. *(Señalándole con el dedo.)* ¡Mírele usted! ¿Puede negarlo acaso? ¿Se atrevería a hacerlo?

ROBER. ¡Váyase usted! ¡Váyase usted inmediatamente! ¡Ya hizo usted todo el mal que podía!

M. CHEV. ¿Todo el mal? Todavía no he acabado con ustedes. Les doy de plazo hasta mañana a mediodía. Si para entonces no ha hecho usted lo que exijo, todo el mundo sabrá el origen de Roberto Chiltern. *(Sir Roberto toca el timbre. Entra Mason.)*

ROBER. Acompañe usted a Mistress Cheveley. *(Mistress Cheveley se estremece: luego se inclina con una cortesía un tanto exagerada ante Lady Chiltern, que permanece inmóvil. Al pasar junto a Sir Roberto Chiltern, que está en pie al lado de la puerta, se detiene por un momento y le mira frente a frente. Luego sale, seguida por el criado, que cierra la puerta tras sí. Quedan solos marido y mujer. Lady Chiltern, en pie, como bajo la influencia de una gran pesadilla. Al fin, vuélvese y contempla fijamente a su marido. Le mira con ojos alucinados, como si le viese por vez primera.)*

L. CHIL. ¿Tú has vendido por dinero un secreto de Estado? ¿Tú comenzaste tu vida con el engaño? ¿Tú construiste tu carrera sobre el deshonor? ¡Oh, dime que no es verdad! ¡Miénteme, miénteme, si es preciso! ¡Dime que no es verdad!

ROBER. Lo que ha dicho esa mujer es verdad. Pero escúchame, Gertrudis. Tú no puedes darte cuenta de la tentación que fué. Déjame que te cuente todo.

L. CHIL. ¡No te acerques! ¡No me toques! Me parece como si me hubieras mancillado. ¡Ah, qué careta has estado llevando todos estos años! ¡Qué espantosa careta! ¡Te has vendido por

dinero! ¡Ah, un ladrón cualquiera vale más que tú! ¡Has mentido a todo el mundo! ¡Pero a mí ya no me mentirás más!

ROBER. *(Corriendo hacia ella.)* ¡Gertrudis! ¡Gertrudis!

L. CHIL. *(Rechazándole con las manos extendidas.)* ¡No, no me hables! ¡No digas nada! Tu voz despierta en mí horribles recuerdos, recuerdos de cosas que me hicieron amarte, de palabras que me hicieron quererte. ¡Y cómo te quise! Tú eras para mí algo aparte de la vida corriente, algo puro, noble, honrado, sin mácula. El mundo me parecía más hermoso, porque tú habitabas en él, y la bondad más buena, porque tú existías. ¡Y ahora!... ¡Oh, cuando pienso que de un hombre como tú he hecho mi ideal! ¡El ideal de mi vida!

ROBER. Esa fué tu equivocación. Ese fué tu error. El error que todas las mujeres cometen. ¿Por qué no podréis amarnos las mujeres con faltas y todo? ¿Por qué nos colocáis encima de pedestales monstruosos? Todos tenemos los pies de arcilla, los hombres como las mujeres; pero cuando los hombres queremos a una mujer, la queremos sabiendo su debilidad, sus faltas, sus imperfecciones, y acaso la queremos más por todo ello. No son los seres perfectos, sino los imperfectos, quienes precisan de amor. Cuando somos heridos por nuestras manos o por manos ajenas, entonces es cuando el amor debería curarnos... ¿De qué sirve si no el amor? Todos los pecados, menos un pecado contra el amor, debería éste perdonarlos. Y así es el amor del hombre. Más grande, más vasto, más humano que el de la mujer. La mujer se figura que hace un ideal del hombre. Y lo que hace es un falso ídolo; eso es todo. Tú hiciste de mí tu falso ídolo, y yo no tuve el valor de descender, de mostrarte mis heridas, de decirte mis flaquezas. Temí perder tu amor, como lo he

perdido ahora. Y, sin embargo, anoche sacrifiqué mi vida por ti. ¡Sí, la sacrifiqué! Lo que esa mujer me pedía no era nada comparado con lo que me ofrecía. Me ofrecía la seguridad, la paz, el sosiego. El pecado de mi juventud, que yo creía enterrado, se erguía ante mí, odioso, repugnante, apretándome el cuello con las manos. Pude haberlo matado para siempre, encerrarlo de nuevo en su tumba, destruir su recuerdo, quemar el único testigo acusador. Tú lo impediste. Tú sola, bien lo sabes. Y ahora, ¿qué me queda ya más que el deshonor público, la ruina, la vergüenza, los sarcasmos del mundo, una vida solitaria y deshonrosa, y una muerte acaso también solitaria y deshonrosa? ¡No; que las mujeres no se hagan más un ideal de nosotros! ¡Que no nos coloquen en altares, ni se inclinen más ante nosotros, si no quieren destruir otras vidas tan absolutamente como tú —tú, a quien tanto he querido—has destruído la mía! *(Sale de la habitación. Lady Chiltern se precipita hacia él; pero cuando llega, ya se ha cerrado la puerta. Pálida de angustia, extraviada y perpleja, oscila como una planta en el agua. Sus manos, extendidas, parecen temblar como flores al viento. Al fin se desploma en un sofá, escondiendo el rostro en los almohadones. Sus sollozos semejan los sollozos de un niño.)*

TELÓN

ACTO TERCERO

Biblioteca en casa de Lord Goring. A la derecha, puerta al vestíbulo. A la izquierda, puerta al «fumoir». Al fondo, puerta de dos hojas, abierta, que conduce al salón. Chimenea encendida. Phipps, el mayordomo, ordenando unos periódicos sobre la mesa de despacho. La característica de Phipps, es su impasibilidad. Algunos entusiastas le han calificado de mayordomo ideal. La misma Esfinge

no es tan impenetrable. De su vida intelectual y sentimental, nada nos dice la Historia. Representa el predominio de la forma.

Entra Lord Goring, vestido de etiqueta, con una flor en el ojal. Lleva sombrero de copa y capa. Guante blanco y bastón Luis XVI; sin que le falte un detalle. Se ve que está en comunicación continua con la vida moderna, y que la domina. Es el primer filósofo bien vestido en la historia del pensamiento.

GORING. ¿Has comprado otra flor para el ojal, Phipps?

PHIPPS. Sí, señorito. *(Le toma el sombrero, el bastón y la capa, y le presenta una nueva flor en una bandeja.)*

GORING. Está bien. De las personas insignificantes de Londres, soy yo la única en este momento que lleva una flor en el ojal.

PHIPPS. Sí, señorito. Ya lo había observado.

GORING. *(Quitándose la primera flor.)* Sabes, Phipps, la moda es siempre lo que uno lleva. Y lo pasado de moda, lo que llevan los demás.

PHIPPS. Sí, señorito.

GORING. Del mismo modo que la vulgaridad no es otra cosa que la manera que tienen de conducirse los demás.

PHIPPS. Sí, señorito.

GORING. *(Colocándose la flor nueva.)* Y la mentira, las verdades de los demás.

PHIPPS. Sí, señorito.

GORING. Los demás son siempre una calamidad. La única compañía tolerable es la de uno mismo.

PHIPPS. Sí, señorito.

GORING. El amor de sí mismo es el comienzo de una novela para toda la vida, Phipps.

PHIPPS. Sí, señorito.

GORING. *(Mirándose en el espejo.)* No creas que acaba de gustarme esta flor, Phipps. Me hace parecer más viejo. ¿No encuentras...?

PHIPPS. No noto la menor variación en el señorito.

GORING. ¿De verdad que no?

PHIPPS. No, señorito.

GORING. ¡Hum! Lo dudo. En lo sucesivo, Phipps, una *boutonnière* más frívola los jueves por la noche.

PHIPPS. Se lo diré a la florista. Ha tenido hace poco una desgracia de familia, y acaso se deba a ello esa falta de frivolidad de que se queja el señorito.

GORING. ¡Qué cosa tan extraordinaria sucede con las clases bajas! ¡Siempre están teniendo desgracias de familia!

PHIPPS. Sí, señorito. En este sentido tienen mucha suerte.

GORING. *(Volviéndose, se le queda mirando. Phipps permanece impasible.)* Bueno; ¿no han traído ninguna carta?

PHIPPS. Tres, señorito. *(Le entrega las cartas en una bandeja.)*

GORING. *(Cogiendo las cartas.)* Dentro de veinte minutos, aquí el coche.

PHIPPS. Sí, señorito. *(Se dirige hacia la puerta.)*

GORING. *(Echando de ver una carta de sobre color de rosa.)* Oye, Phipps, ¿cuándo llegó esta carta?

PHIPPS. La trajeron a mano, en el momento en que el señorito acababa de salir para el Club.

GORING. Está bien. *(Sale Phipps.)* Letra de Gertrudis y su papel color de rosa. Es curioso; creí que sería Roberto quien me escribiera. ¿Qué tendrá que decirme Gertrudis? *(Se sienta ante la mesa, abre la carta y lee.)* "Necesito de ti. Confío en ti. Voy a verte. Gertrudis." *(Deja la carta en la mesa, con rostro perplejo. Luego la coge y vuelve a leerla pausadamente.)* Sin duda, lo ha descubierto todo. ¡Pobre mujer, pobre! *(Saca el reloj y mira la hora.)* Pero ¡qué horas de venir! ¡Las diez! Voy a tener que renunciar a ir a casa de los Portland. ¡Bah!, después de todo, es muy agradable que le esperen a uno y no llegar... Sí; haré todo lo

posible porque continúe al lado de su marido. Es su puesto. El único puesto de las mujeres. Ese condenado sentido moral en la mujer es lo que hace del matrimonio una institución tan limitada y deplorable. ¡Las diez! Ya no puede tardar en venir. Advertiré a Phipps que no estoy para nadie más. *(Se dispone a tocar el timbre. Entra Phipps.)*

PHIPPS. Lord Caversham.

GORING. ¡Caramba, por qué han de surgir siempre los padres en el momento menos oportuno! Debe ser algún error de la Naturaleza, no cabe duda. *(Entra Lord Caversham.)* Encantado de verte, papá. *(Va a su encuentro.)*

CAVERS. Ayúdame a quitarme el abrigo.

GORING. ¿Crees que vale la pena de que te lo quites, papá?

CAVERS. Naturalmente. ¿Cuál es el sillón más confortable?

GORING. Este, papá. Es el que yo uso cuando tengo visitas.

CAVERS. Gracias. Espero que no habrá corrientes de aire en este cuarto, ¿eh?

GORING. Ninguna.

CAVERS. *(Sentándose.)* Celebro saberlo. No puedo resistir las corrientes. En casa no hay ni una. Bueno; necesito hablar con usted seriamente, caballero.

GORING. ¿A estas horas, papá?

CAVERS. No son más que las diez. ¿Qué tiene usted que decir de la hora? Me parece que es una hora excelente.

GORING. Bueno; el caso es, papá, que no es este mi día de hablar en serio. Lo siento mucho, pero no es mi día.

CAVERS. ¿Qué quiere usted decir con eso?

GORING. Que durante el invierno y la primavera no hablo en serio más que los primeros martes de cada mes, de cuatro a siete,

CAVERS. Bueno; pues suponga usted que hoy es martes.

GORING. Pero son más de las siete, papá, y el médico me ha recomendado que no tenga ninguna conversación seria después de las siete. Me hace hablar en sueños.

CAVERS. ¿Hablar en sueños? ¿Y qué le importa a usted? Todavía no está usted casado.

GORING. Sí; cierto que no estoy casado.

CAVERS. ¡Hum! Precisamente de eso es de lo que he venido a hablarle, caballerete. Tiene usted que casarse, y sobre la marcha. Cuando yo tenía su edad, llevaba ya tres meses de viudo inconsolable, y estaba haciéndole la corte a su madre. No pensará usted pasarse toda la vida en diversiones. Hoy día, todos los hombres de posición están casados. Los solterones se han pasado de moda. Debe usted casarse inmediatamente. Vea usted hasta dónde ha llegado su amigo Roberto Chiltern a fuerza de probidad, de trabajo y de su casamiento con una mujer buena y sensata. ¿Por qué no le imita usted? ¿Por qué no le toma usted como modelo?

GORING. Trataré de ello.

CAVERS. ¡Dios quiera! Me haría usted feliz. Actualmente me veo obligado a afligir constantemente a su madre por causa de usted. No tiene usted corazón, caballerete, ni pizca de corazón.

GORING. Así lo espero, papá.

CAVERS. Y ya va siendo hora de que se case. Tiene usted ya treinta y cuatro años, caballerete.

GORING. Sí, papá; pero no confieso más que treinta y dos... Treinta y uno y medio cuando llevo una *boutonnière* apropiada. Esta no es bastante frívola.

CAVERS. Le digo a usted que son treinta y cuatro. *(Estornudando, cosa que hace varias veces durante la escena.)* Y, además, hay una corriente en esta habitación, cosa que agrava su mala con-

ducta. ¿Por qué no me dijo usted que había una corriente?

GORING. Lo había olvidado, pero la verdad es que yo también la siento. Una corriente tremenda. Iré a verte mañana, papá. Hablaremos de todo lo que se te antoje. Permíteme que te ayude a poner el abrigo.

CAVERS. Gracias; he venido esta noche con un fin, y estoy decidido a llevarlo a cabo, aun a costa de mi salud y la de usted. Deje usted ese abrigo.

GORING. Como quieras. Pero vamos a otra habitación. *(Toca el timbre.)* Hay una corriente espantosa. *(Entra Phipps.)* Phipps, ¿está bien encendida la chimenea del salón de fumar?

PHIPPS. Sí, señorito.

GORING. Vamos allí, papá. Tus estornudos me parten el alma.

CAVERS. ¿Es que no voy a tener derecho a estornudar cuando me parezca conveniente?

GORING. *(Excusándose.)* ¡No faltaba más! *(Sale Lord Caversham. Entra Phipps.)*

GORING. Phipps, esta noche vendrá a verme una señora para un asunto particular. Pásala al salón en cuanto llegue. ¿Has entendido?

PHIPPS. Sí, señorito.

GORING. Mira que es un asunto de la mayor importancia, Phipps.

PHIPPS. Comprendido, señorito.

GORING. Que no pase nadie más, por ningún concepto.

PHIPPS. Comprendido, señorito. *(Suena el timbre.)*

GORING. ¿Oyes? Probablemente es esa señora... Iré yo mismo a ver. *(Justamente al ir a salir, entra de nuevo Lord Caversham.)*

CAVERS. ¿Y bien, caballero? Estoy aguardándole a usted.

GORING. *(En gran perplejidad.)* Un instante, papá. En seguida voy. *(Vuelve a salir Lord Caversham.)* Bueno; recuerda mis instrucciones, Phipps: al salón.

PHIPPS. Sí, señorito. *(Entra Lord Goring en el fumoir. Harold, el lacayo, introduce a Mistress Cheveley, vestida de verde y plata, con una salida de baile, de raso negro, forrada de seda color de rosa marchita.)*

HAROLD. ¿A quién anuncio?

M. CHEV. *(A Phipps, que se adelanta hacia ella.)* ¿No está Lord Goring? Me habían dicho que estaba.

PHIPPS. El señor está hablando con Lord Caversham, señora. *(Dirige una mirada glacial a Harold, que se retira inmediatamente.)*

M. CHEV. *(Para sí.)* ¡Qué buen hijo!

PHIPPS. Me ha encargado el señor que tenga la señora la bondad de esperarle en el salón.

M. CHEV. *(Con gesto de sorpresa.)* Pero ¿Lord Goring me esperaba?

PHIPPS. Sí, señora.

M. CHEV. ¿Está usted seguro?

PHIPPS. El señor me dijo que si una señora preguntaba por él tuviera la bondad de aguardarle en el salón. *(Dirigiéndose hacia la puerta del salón, la abre.)* Las órdenes del señor fueron bien precisas.

M. CHEV. *(Para sí.)* ¡Qué previsor! Esperar lo inesperado demuestra un espíritu absolutamente moderno. *(Dirigiéndose hacia el salón y echando por él un vistazo.)* ¡Uf! ¡Qué aire tan lúgubre tiene siempre el salón de un soltero! Tendré que cambiar todo esto. *(Phipps se dispone a encender la araña del centro.)* No, no encienda usted la lámpara. Da demasiada luz. Encienda unas bujías.

PHIPPS. Muy bien, señora. *(Entra en el salón y empieza a encender las bujías.)*

M. CHEV. *(Para sí.)* ¿A quién esperaría esta noche? Hubiera sido delicioso cogerle *in fraganti*. ¡Los hombres ponen una cara tan cómica cuando se les coge *in fraganti*. *(Mirando en torno suyo y acercándose a la mesa de despacho.)* ¡Qué

cuarto tan interesante! *(Cogiendo unas cartas de encima de la mesa.)* ¡Y qué correspondencia tan interesante debe ser ésta! Facturas y tarjetas, deudas y pensionistas. ¿Quién demonios le escribirá en papel color de rosa? ¡Qué cursilería escribir en papel rosa! Algún comienzo de aventura clase media. *(Deja la carta; luego vuelve a cogerla.)* Yo conozco esta letra. Sí, es la de Gertrudis Chiltern. La recuerdo perfectamente. Los diez mandamientos en cada plumada. Pero ¿qué tendrá Gertrudis que escribirle? Supongo que alguna atrocidad de mí. ¡Cómo aborrezco a esa mujer! *(La lee.)* "Necesito de ti. Confío en ti. Voy a verte. Gertrudis." ¿Cómo? ¿Qué es esto? ¡Quién hubiera supuesto...! ¡Qué precioso documento! *(Dibújase en su rostro una expresión de triunfo. Va a robar la carta, en el preciso momento en que entra Phipps.)*

PHIPPS. Las bujías del salón están encendidas, como la señora deseaba.

M. CHEV. Gracias. *(Levántase apresuradamente, empujando la carta bajo una gran carpeta que hay sobre la mesa.)*

PHIPPS. Cuando guste, puede pasar la señora.

M. CHEV. Gracias. *(Entra en el salón. Phipps cierra la puerta y se retira. Al cabo de un momento, ábrese de nuevo la puerta, pausadamente, y aparece Mistress Cheveley, que, con gran cautela, se dirige hacia la mesa. De pronto óyense voces, procedentes del* fumoir. *Mistress Cheveley palidece y se detiene. Las voces se aproximan, y Mistress Cheveley vuelve al salón, mordiéndose los labios. Entran Lord Goring y Lord Caversham.)*

GORING. *(En tono persuasivo.)* Querido papá, ya que he de casarme, ¿me permitirás, al menos, que elija el momento, el lugar y la persona? Sobre todo, la persona.

CAVERS. *(Con suficiencia.)* Eso es cosa mía, caballero. La elección de usted seguramente sería deplorable. Soy yo quien debe ser consultado, y no usted. Se trata de una cuestión de conveniencia y no de amor. El amor viene luego.

GORING. Sí. Cuando ambos están aburridos uno de otro, ¿no es cierto, papá? *(Le ayuda a ponerse el abrigo.)*

CAVERS. Naturalmente. Naturalmente que no, quiero decir. Está usted hablando esta noche a tontas y a locas. Lo que yo decía es que el matrimonio es una cuestión de sentido común.

GORING. Pero la mujeres que tienen sentido común ¡son tan feas, papá! Claro que sólo hablo de oídas.

CAVERS. No hay mujer, fea o bonita, que tenga sentido común. El sentido común es privilegio de nuestro sexo.

GORING. Exacto. Y nosotros, los hombres, somos tan abnegados, que jamás lo utilizamos, ¿verdad, papá?

CAVERS. Yo sí lo utilizo, caballero. Es el único que utilizo.

GORING. Eso dice mamá.

CAVERS. Y ese es el secreto de su felicidad. No tiene usted corazón, caballerete, ni pizca de corazón.

GORING. Así lo espero, papá. *(Salen. Al cabo de unos momentos vuelve a entrar Lord Goring, con aire un tanto embarazado, seguido de Sir Roberto Chiltern.)*

ROBER. ¡Qué suerte, querido Arturo, encontrarte en la puerta! Acababan de decirme que no estabas en casa. ¡Qué extraordinario!

GORING. La verdad es que tenía una porción de cosas que hacer, y había dado orden de que no estaba para nadie. Hasta mi padre ha tenido una acogida relativamente fría. ¡Como que no ha cesado de estornudar!

ROBER. Deberías haber dicho que para mí sí estabas, Arturo. Tú eres mi mejor amigo. Acaso el

único que me quedará mañana. Mi mujer lo ha descubierto todo.

GORING. ¡Me lo suponía!

ROBER. *(Mirándole con sorpresa.)* ¿Que te lo suponías? ¿Por qué?

GORING. *(Después de unos momentos de vacilación.)* ¡Oh, simplemente, por la cara que traías al entrar! ¿Quién se lo ha dicho?

ROBER. La misma Mistress Cheveley. Ya, la mujer que amo sabe que comencé mi carrera con un acto deshonroso, que construí mi vida con cimientos de vergüenza..., que vendí, como un mercachifle cualquiera, el secreto que, como a hombre de honor, me habían confiado. Y doy gracias al Cielo de que el pobre Lord Radley haya muerto sin saber que le traicioné. ¡Ojalá me hubiese muerto yo antes que haber cedido a una tentación tan horrible y haber caído tan bajo! *(Se oculta el rostro entre las manos.)*

GORING. *(Tras una pausa.)* ¿No has tenido aún respuesta de Viena a tu telegrama?

ROBER. Sí; he recibido a las ocho un telegrama del primer secretario.

GORING. ¿Y qué?

ROBER, Que no se sabe absolutamente nada contra ella. Al contrario, resulta que es muy bien vista en aquella sociedad. Es una especie de secreto a voces que el Barón Arnheim le dejó la mayor parte de su inmensa fortuna. Aparte de esto, no he logrado enterarme de nada.

GORING. ¿Y no resultaría que es una espía?

ROBER. ¡Bah!, las espías no sirven hoy para nada. Es ya una profesión sin salida. ¿No han venido a reemplazarlas los periódicos?

GORING. Ya lo creo; ¡y que lo hacen a maravilla!

ROBER. Me estoy muriendo de sed, Arturo. ¿Quieres decir que me traigan algo de beber?

GORING. Con mucho gusto. *(Toca el timbre.)*

ROBER. Gracias. No sé qué hacer, Arturo, no sé qué

hacer. Aconséjame tú. Tú eres mi único amigo. El único en quien puedo confiar. Porque puedo confiar contigo en absoluto, ¿verdad, Arturo? *(Entra Phipps.)*

GORING. Naturalmente que sí, querido Roberto. *(A Phipps.)* Whisky y una botella de soda.

PHIPPS. Bien, señorito. *(Se dispone a salir.)*

GORING. ¡Phipps!

PHIPPS. ¿Señorito?

GORING. ¿Me permites un momento, Roberto? Tengo que dar unas instrucciones a Phipps.

ROBER. ¡No faltaba más!

GORING. *(Aparte a Phipps.)* Cuando venga esa señora, le dirás que esta noche no volveré a casa; que he tenido que salir fuera de Londres. ¿Comprendes?

PHIPPS. Esa señora está ya en el salón, señorito. El señorito me dijo que la pasara al salón.

GORING. Perfectamente... *(Sale Phipps.)* ¡En buen lío me he metido!... Pero saldré de él... Voy a darle una lección de moral a través de la puerta.

ROBER. Arturo, dime qué debo hacer. Me parece como si mi vida se me hubiese derrumbado encima. Me siento como un barco sin timón.

GORING. Roberto, ¿tú quieres a tu mujer, verdad?

ROBER. Más que a nada en el mundo. Yo creía que la ambición era lo único. No lo es. El amor es lo único que hay en el mundo. Fuera del amor no hay nada. Sí; la quiero con toda mi alma. Pero estoy degradado a sus ojos. Soy ya para ella un ser innoble. Entre nosotros se ha abierto un abismo infranqueable.

GORING. Y ella..., ¿no ha cometido nunca alguna ligereza..., algo... que la obligue a perdonar tu falta?

ROBER. ¿Mi mujer? ¡Jamás! Ella no sabe qué es tentación, ni qué son flaquezas. Yo soy de barro, como todos los hombres. Ella está aparte, como

las mujeres buenas..., despiadada en su perfección, fría y dura, y sin compasión. Pero yo la quiero, Arturo. No tenemos hijos; ella es el único ser a quien puedo querer, el único que puede quererme. Quizá, si Dios nos hubiese concedido algún hijo, ella habría sido más compasiva conmigo. Pero Dios nos ha deparado un hogar solitario. Y ella me ha destrozado el corazón...

GORING. Tu mujer te perdonará. Quizá en este mismo momento te está perdonando. Tu mujer te quiere, Roberto. ¿Cómo no iba a perdonarte?

ROBER. ¡Dios lo quiera! ¡Dios lo quiera! *(Esconde el rostro entre las manos.)* Pero tengo algo más que decirte, Arturo. *(Entra Phipps con unas botellas.)*

PHIPPS. *(Dejando la bandeja en una mesita.)* Whisky y soda, señor.

ROBER. Gracias.

GORING. ¿Tienes ahí tu coche, Roberto?

ROBER. No; he venido a pie desde el Club.

GORING. Sir Roberto se irá en mi coche, Phipps.

PHIPPS. Bien, señorito. *(Sale.)*

GORING. Roberto, ¿no te molestarás si te digo que tengo que hacer?

ROBER. Arturo, permíteme que me quede cinco minutos más. Tengo pensado ya lo que voy a decir esta noche en la Cámara. La interpelación sobre el canal argentino empezará a las once. *(Se oye el ruido de una silla que cae en el salón.)* ¿Qué ruido es ése?

GORING. Nada. ¡Qué va a ser!

ROBER. He oído caer una silla en esa habitación. Alguien estaba ahí escuchando.

GORING. Nadie; no hay nadie ahí.

ROBER. Tiene que haber alguien. Hay luz en la habitación, y la puerta está entornada. Alguien ha estado oyendo el secreto de mi vida. Arturo, ¿qué significa esto?

GORING. Roberto, estás excitado, nervioso. Te digo que no hay nadie en esa habitación. Siéntate.

ROBER. ¿Me das tu palabra de que no hay nadie ahí?

GORING. Te la doy.

ROBER. ¿Tu palabra de honor? *(Sentándose.)*

GORING. De honor.

ROBER. *(Levantándose de nuevo.)* Arturo, permíteme que me convenza por mí mismo.

GORING. No, no; de ningún modo.

ROBER. Si no hay nadie ahí, ¿por qué no quieres que entre en esa habitación? Arturo, es preciso que dejes que me convenza por mí mismo. Deja que me cerciore de que ningún indiscreto ha podido enterarse del secreto de mi vida. Tú no te das cuenta, Arturo, de lo que todo esto supone para mí.

GORING. Basta, Roberto. Te he dicho que no hay nadie en esa habitación, y creo que es suficiente.

ROBER. *(Precipitándose hacia la puerta del salón.)* A pesar de todo, insisto en entrar. ¿No dices que no hay nadie ahí? ¿Qué razón tienes, pues, para oponerte de ese modo?

GORING. ¡No entres, por Dios; te suplico que no entres! Sí, hay una persona ahí. Una persona que no debes ver.

ROBER. ¡Ah, ya me lo figuraba!

GORING. Te prohibo que entres en esa habitación.

ROBER. ¡Atrás! Se trata de mi vida. Sea quien sea, necesito saber a quién he revelado mi secreto y mi deshonra. *(Entra en la habitación.)*

GORING. ¡Santo Dios! ¡Su propia mujer! Cómo explicarle ahora... *(Entra de nuevo Sir Roberto con un gesto de cólera y de desprecio.)*

ROBER. ¿Qué explicación puedes darme de la presencia aquí de esa mujer?

GORING. Roberto, te juro por mi honor, que esa mujer es inocente de toda falta contra ti.

ROBER. ¡Es una infame, una mujer vil!

GORING. Cállate, no digas eso, Roberto. Ha sido por ti

por quien ha venido aquí. Para tratar de salvarte. Es a ti a quien quiere, a nadie más.

ROBER. ¡Te has vuelto loco! ¿Qué tengo yo que ver con vuestras intrigas? ¡Que continúe siendo tu querida, si gusta! ¡Estáis hechos el uno para el otro! Ella, embustera y corrompida...; tú, falso como amigo y traidor como enemigo..:

GORING. No es verdad, Roberto. Te juro, por lo más sagrado, que no es verdad. En presencia de ella y de ti os lo explicaré todo.

ROBER. Atrás, déjeme usted paso. Ya ha mentido usted bastante bajo palabra de honor. *(Sale Sir Roberto Chiltern. Lord Goring se precipita hacia la puerta del salón, en el mismo momento en que sale de él Mistress Cheveley, radiante y con aire muy divertido.)*

M. CHEV. *(Con una sonrisa burlona.)* Buenas noches, Lord Goring.

GORING. ¡Cielos! ¡Mistress Cheveley!... ¿Tiene usted la bondad de decirme qué hacía en mi salón?

M. CHEV. Nada más que escuchar. Me apasiona escuchar detrás de las puertas. ¡Se oyen a veces cosas tan sorprendentes! ¿Quiere usted ayudarme a quitarme este abrigo?

GORING. Después de todo me alegro de que haya usted venido. Voy a darle algunos buenos consejos.

M. CHEV. ¡No, por Dios! Nunca se debe dar a una mujer nada que no pueda ponerse por la noche.

GORING. Veo que sigue usted tan ingeniosa como antes.

M. CHEV. ¡Oh, mucho más! He progresado enormemente. He adquirido gran experiencia.

GROING. Demasiada experiencia es peligrosa. ¿Quiere usted un pitillo? La mitad, por lo menos, de las mujeres bonitas de Londres fuman. Yo, por mi parte, prefiero la otra mitad.

M. CHEV. Gracias. No fumo nunca. No le gustaría a mi modisto, y el primer deber de una mujer es te-

ner contento a su modisto. En cuanto al segundo, nadie lo ha descubierto todavía.

GORING. ¿Ha venido usted a venderme la carta de Roberto Chiltern, no es eso?

M. CHEV. A ofrecérsela nada más, con ciertas condiciones. ¿Cómo lo ha adivinado usted?

GORING. Pues porque no ha dicho usted una palabra del asunto. ¿La trae usted encima?

M. CHEV. *(Sentándose.)* ¡Oh, no! Un traje bien hecho no lleva bolsillos.

GORING. ¿Qué pide usted por ella?

M. CHEV. ¡Cuidado que es usted inglés! Los ingleses se figuran que un talonario de cheques puede resolver todos los problemas de la vida. Pero, mi querido Arturo, si yo tengo mucho más dinero que usted, y casi tanto como Roberto Chiltern. No es dinero lo que necesito.

GORING. ¿Qué pide usted entonces, Mistress Cheveley?

M. CHEV. ¿Por qué no me llama usted Laura?

GORING. No me gusta el nombre.

M. CHEV. En otros tiempos lo encontraba usted adorable.

GORING. Por eso. *(Mistress Cheveley le indica que se siente a su lado. El sonríe y obedece.)*

M. CHEV. Arturo, en otro tiempo usted me amó.

GORING. Cierto.

M. CHEV. Y quiso usted casarse conmigo.

GORING. Consecuencia natural de mi amor.

M. CHEV. Y me dejó usted plantada porque vió, o creyó ver, al pobre Lord Mortlake (*) tratando de *flirtear* conmigo demasiado a lo vivo.

GORING. Tengo idea de que mi abogado arregló este asunto con usted, bajo ciertas condiciones... impuestas por usted misma.

M. CHEV. Por aquel entonces yo era pobre y usted rico.

GORING. Exacto. Por eso decía usted que me quería.

M. CHEV. *(Encogiéndose de hombros.)* ¡Pobre Lord Mort-

(*) Pronúnciese: Mortléik.

lake! No tenía más que dos temas de conversación: su reuma y su mujer. Y nunca se sabía de cuál de los dos estaba hablando. Fué usted un inocente, Arturo. Lord Mortlake no pasó nunca de ser para mí una distracción. Una de esas distracciones aburridas que sólo se encuentran en las casas de campo un día de excursión. No creo que nadie sea moralmente responsable de lo que hace o deja de hacer en un día de campo.

GORING. Sí. Conozco una porción de gente que piensa así.

M. CHEV. Yo le quería a usted, Arturo.

GORING. Mi querida Mistress Cheveley, usted siempre ha sido demasiado inteligente para saber lo que es amor.

M. CHEV. Yo le quise a usted. Y usted a mí, Arturo. De sobra lo sabe usted. Y el amor es una cosa maravillosa. Supongo que un hombre que ha estado enamorado de una mujer, estará dispuesto a hacer cualquier cosa por ella, menos seguir queriéndola, ¿verdad? *(Coloca su mano sobre la de él.)*

GORING. *(Retirando la mano tranquilamente.)* Exacto. Todo menos eso.

M. CHEV. *(Tras una pausa.)* Estoy cansada de vivir en el extranjero. Quiero volver a Londres, tener aquí una casa, un salón. Además, he llegado al período romántico. Cuando le vi a usted anoche en casa de los Chiltern, me di cuenta de que es usted la única persona que me ha interesado, si es que, realmente, alguien ha conseguido interesarme. Arturo, el día en que se case usted conmigo, le entregaré la carta de Roberto Chiltern. Esta es mi proposición. Es más: se la daré ahora, si me da usted promesa de casarse conmigo.

GORING. ¿Ahora?

M. CHEV. *(Sonriendo.)* Es decir, mañana.

GORING. Pero ¿habla usted en serio?

M. CHEV. Completamente en serio.

GORING. Me parece que iba a hacer un marido lamentable.

M. CHEV. No me preocupan los maridos lamentables. He tenido ya dos, y me divertían extraordinariamente.

GORING. Es decir, que se divirtió usted extraordinariamente, ¿no?

M. CHEV. ¿Qué sabe usted de mi vida conyugal?

GORING. Nada; pero puedo leer en ella como en un libro.

M. CHEV. ¿Qué libro?

GORING. *(Levantándose.)* El libro de cuentas.

M. CHEV. ¿Cree usted que es correcto tratar así a una mujer en su propia casa?

GORING. Cuando se trata de mujeres bonitas, el sexo es un reto, no una defensa.

M. CHEV. Bueno, prefiero suponer que eso es un cumplido. Pero, mi querido Arturo, los cumplidos no nos desarman nunca a las mujeres, como ocurre con los hombres.

GORING. A las mujeres, por lo que yo he podido ver, no las desarma nada.

M. CHEV. *(Tras una pausa.)* Entonces, ¿prefiere usted la ruina de su mejor amigo antes de casarse con una mujer que, al fin y al cabo, conserva aún ciertos atractivos? Creí que era usted más abnegado, Arturo. Me parece que está usted en el deber de serlo. Así podría usted pasarse el resto de su vida en la contemplación de sus propias perfecciones.

GORING. ¡Oh, ya lo hago! En cuanto a la abnegación, es cosa que debería estar castigada en el Código. Desmoraliza demasiado a la gente por la cual nos sacrificamos. Siempre acaban mal.

M. CHEV. ¡Como si hubiera algo que pudiese desmoralizar a Roberto Chiltern! Parece usted olvidar

que sé a qué atenerme sobre su vrdadero carácter.

GORING. Lo que usted sabe de él no es su verdadero carácter. Fué un acto de locura, cometido en la juventud, deshonroso, si usted quiere, y vergonzoso, lo admito, indigno de él desde luego; pero, a pesar de todo... no constituye su verdadero carácter.

M. CHEV. ¡Cómo se defienden ustedes los hombres entre sí!

GORING. Y ¡cómo ustedes, las mujeres, se atacan!

M. CHEV. *(Duramente.)* Yo no ataco más que a una: Gertrudis Chiltern. La aborrezco. La aborrezco más que nunca.

GORING. Y ¿por qué? ¿Por haberla sumido en una tragedia, sin duda?

M. CHEV. *(Burlonamente.)* ¡Bah! En la vida de las mujeres no hay más que una verdadera tragedia: el que su pasado sea siempre el amante, y su porvenir siempre el marido.

GORING. Lady Chiltern no sabe nada de esa vida a que usted alude.

M. CHEV. Bueno, Arturo, supongo que esta *interview* romántica puede considerarse como terminada. Convendrá usted en que ha sido romántica, ¿eh? Por tener el honor de ser la esposa de usted, estaba dispuesta a renunciar a lo que podríamos llamar el ápice de mi carrera diplomática. ¿No quiere usted? Perfectamente. Si Sir Roberto no apoya mi proyecto de canal, le desenmascaro. *Voilà tout.*

GORING. No hará usted semejante cosa. Sería una infamia, una abominación.

M. CHEV. *(Encogiéndose de hombros.)* ¡Oh! Suprima usted palabras gruesas. Carecen de sentido. No se trata más que de un negocio. No hay por qué mezclar en ello el sentimiento. Yo proponía a Sir Roberto la compra de una cosa. El no quiere pagarme su precio; bien, tendrá que

pagar al mundo un precio más alto. No hay que hablar más del asunto. Tengo que irme. Adiós... ¿No quiere usted darme la mano?

GORING. ¿A usted? No. Su transacción con Roberto Chiltern puede pasar como un repugnante contrato mercantil en una época de repugnante mercantilismo; pero esta noche ha venido usted aquí a hablar de amor; usted, cuyos labios profanan la palabra amor; usted, para quien el amor será siempre un libro herméticamente cerrado, y esta tarde fué usted a casa de una de las mujeres más puras y más nobles de este mundo, con el fin de envilecer ante sus ojos a su marido, de tratar de matar su amor hacia él, de envenenar su corazón, de amargar para siempre su vida, de hacer pedazos su ídolo, y, acaso también, de corromper su alma. Esto no puedo perdonárselo a usted. Esto es abyecto. Para esto no hay perdón posible.

M. CHEV. Es usted injusto conmigo, Arturo. Yo no fuí con ese fin a casa de Gertrudis, ni mucho menos. No pensaba en semejante cosa cuando entré. Fuí, simplemente, con Lady Markby, a preguntar si habían encontrado una joya que perdí anoche. La escena tuvo lugar después de irse Lady Markby, y fué, realmente, provocada por las burlas y los insultos de Gertrudis. Esta es la pura verdad. No fuí más que a ver si habían encontrado mi broche de brillantes, se lo aseguro a usted.

GORING. ¿Un broche de brillantes con un rubí?

M. CHEV. Justamente. ¿Cómo lo sabe usted?

GORING. Porque ha sido hallado. Yo mismo lo encontré, y olvidé, tontamente, decírselo al mayordomo antes de salir. *(Se dirige a la mesa de despacho y abre varios cajones.)* En este cajón está. No; en éste. Helo aquí. *(Mostrándole el broche).* Es éste, ¿verdad?

M. CHEV. Sí; ese es. Me alegro de recuperarlo. Era... un regalo.

GORING. ¿No quiere usted ponérselo?

M. CHEV. Bueno, si usted me lo prende. *(Lord Goring se lo coloca súbitamente en el brazo.)* ¿Por qué me lo pone usted como brazalete? No sabía que pudiera llevarse como brazalete.

GORING. ¿De veras?

M. CHEV. *(Extendiendo el brazo para mirarse el brazalete.)* No; pero hace muy bien así, ¿verdad?

GORING. Ya lo creo; mucho mejor que la última vez que lo vi.

M. CHEV. ¿Cuándo fué la última vez que lo vió usted?

GORING. *(Tranquilamente.)* ¡Oh! Hace diez años, llevándolo Lady Rutland, a quien se lo robó usted.

M. CHEV. *(Estremeciéndose.)* ¿Qué está usted diciendo?

GORING. Digo que usted ha robado esa joya a mi prima María Rutland, a quien yo se la regalé por su casamiento. Las sospechas recayeron entonces sobre una infeliz criada, que fué despedida vergonzosamente. En seguida la reconocí anoche, y decidí no decir nada hasta que el ladrón fuera habido. Ya he encontrado al ladrón, y hasta he escuchado su propia confesión.

M. CHEV. *(Moviendo negativamente la cabeza.)* No es cierto.

GORING. Bien sabe usted que sí. En este momento tiene usted escrita la palabra ladrona en la cara.

M. CHEV. Lo negaré todo, desde el principio hasta el fin. Diré que en mi vida he visto este maldito brazalete; que jamás fué de mi propiedad. *(Mistress Cheveley trata de arrancarse del brazo (que debe ser el izquierdo) el brazalete; pero no lo consigue. Lord Goring la mira hacer, con aire divertido. Los finos dedos de ella forcejean inútilmente con la joya. De sus labios se escapa una maldición.)*

GORING. El inconveniente de robar una cosa, Mistress

Cheveley, es que no siempre se sabe lo extraordinario del objeto robado. No podrá usted quitarse el brazalete, a menos de saber dónde se encuentra el resorte. Y veo que no lo sabe usted. ¡Oh! No es nada fácil de encontrar.

M. CHEV. ¡Canalla! ¡Cobarde! *(Trata de nuevo de despojarse del brazalete; pero sin conseguirlo tampoco.)*

GORING. ¡Oh! Suprima usted palabras gruesas. Carecen de sentido.

M. CHEV. *(Sigue forcejeando con el brazalete, en un paroxismo de rabia, exhalando sonidos inarticulados. Al fin se detiene y mira a Lord Goring.)* Bueno, ¿qué piensa usted hacer?

GORING. Voy a llamar a mi criado, que es un criado admirable, y viene siempre en el momento que le llaman. Cuando venga, le diré que vaya a buscar la policía.

M. CHEV. *(Trémula.)* ¿La policía? ¿Para qué?

GORING. Mañana, los Rutland presentarán una denuncia contra usted. Para eso mando a buscar la policía.

M. CHEV. *(Ahora en la agonía de un terror físico, con el rostro descompuesto y la boca torcida, como si hubiera caído de su rostro una careta.)* No haga usted eso... Haré lo que usted quiera... Todo lo que usted quiera.

GORING. Deme usted la carta de Roberto Chiltern.

M. CHEV. ¡Un momento! ¡Un momento! ¡Déjeme usted reflexionar!

GORING. Déme usted la carta de Roberto Chiltern.

M. CHEV. No la tengo aquí. Mañana se la daré a usted.

GORING. Bien sabe usted que miente. Démela en seguida. *(Mistress Cheveley horriblemente pálida, saca la carta y se la tiende.)* ¿Es ésta?

M. CHEV. *(Con voz sorda.)* Sí.

GORING. *(Coge la carta la examina suspira y la quema en la lámpara.)* Para ser una mujer tan bien vestida, Mistress Cheveley, tiene usted momen-

tos de admirable sensatez. Permítame que la felicite.

M. CHEV. *(Echando de ver la carta de Lady Chiltern, una de cuyas esquinas asoma por debajo de la carpeta.)* Hágame usted el favor de un vaso de agua.

GORING. Con mucho gusto. *(Va hacia un rincón del cuarto, y sirve un vaso de agua. Mientras está de espaldas, Mistress Cheveley roba la carta de Lady Chiltern. Cuando Lord Goring vuelve con el vaso de agua, lo rechaza con un gesto.)*

M. CHEV. No, gracias. ¿Quiere usted ayudarme a ponerme el abrigo?

GORING. Con mucho gusto. *(Le pone el abrigo.)*

M. CHEV. Gracias. De aquí en adelante, le aseguro que no volveré a tratar de molestar a Roberto Chiltern.

GORING. Afortunadamente no tendrá usted ocasión para ello, Mistress Cheveley.

M. CHEV. Bueno; aunque la tuviese, no la aprovecharía. Por el contrario, voy a prestarle un señalado servicio.

GORING. Encantado de saberlo. ¡Qué conversión!

M. CHEV. Sí. No puedo consentir que un caballero, un caballero inglés tan honorable, sea tan vergonzosamente engañado, y tan...

GORING. ¿Qué?

M. CHEV. Nada, que una misiva de Lady Chiltern a su amante, se ha extraviado en mi bolsillo.

GORING. ¿Qué quiere usted decir?

M. CHEV. *(Con acento de triunfo.)* Digo que voy a enviar a Roberto Chiltern la carta de amor que su mujer le ha escrito a usted esta noche.

GORING. ¿Carta de amor?

M. CHEV. *(Riendo.)* "Necesito de ti. Confío en ti. Voy a verte." *(Lord Goring se precipita hacia la mesa y coge el sobre que encuentra vacío.)*

GORING. *(Volviéndose hacia ella.)* ¡Maldita mujer, siempre ha de estar usted robando! Devuélvame esa

carta, o se la quitaré a la fuerza. No saldrá usted de este cuarto sin habérmela devuelto. *(Se abalanza hacia ella; pero Mistress Cheveley acaba de tocar el timbre que hay sobre la mesa y entra Phipps.)*

M. CHEV. *(Tras una pausa breve.)* El señor ha llamado para que me acompañe usted hasta el coche. ¡Buenas noches, Lord Goring! *(Sale, seguida de Phipps, iluminado el rostro por un perverso sentimiento de triunfo, y centelleantes de alegría los ojos. Parece, de pronto, haber recobrado la juventud. Su última mirada es como un dardo. Lord Goring se muerde los labios y enciende un pitillo.)*

TELÓN

ACTO CUARTO

La misma decoración del acto segundo.

GORING. *(En pie, junto a la chimenea, con las manos en los bolsillos y aire un tanto preocupado. Saca el reloj, lo mira y toca el timbre.)* ¡Qué fastidio! No hay medio de encontrar a nadie con quien hablar en esta casa. ¡Y yo que estoy repleto de cosas sensacionales! ¡Como que me hago a mí mismo la impresión de un número de prensa extraordinario! *(Entra un criado.)*

JAIME. Sir Roberto no ha venido aún del Ministerio, señorito.

GORING. ¿Y Lady Chiltern, está visible?

JAIME. La señora no ha salido aún de sus habitaciones; pero Miss Chiltern acaba de llegar de paseo.

GORING. *(Para sí.)* ¡Ah, ya es algo!

JAIME. Lord Caversham hace rato que está esperando a Sir Roberto en la biblioteca. Le he dicho que el señorito estaba aquí.

GORING. Gracias. Tenga usted la bondad de decirle que me he ido ya.

JAIME. *(Inclinándose.)* Así lo haré, señorito. *(Sale.)*

GORING. La verdad es que malditas las ganas que tengo de ver a mi padre tres días seguidos. Es demasiada emoción para un hijo. Espero que no se le ocurrirá subir. Los padres no deberían nunca ser vistos ni oídos. Es la única base posible de la vida de familia. *(Se deja caer en un sillón, coge un periódico y se pone a leer. Entra Lord Caversham.)*

CAVERS. Bien, caballerete, ¿qué está usted haciendo? Perder el tiempo, como de costumbre, ¿eh?

GORING. *(Dejando el periódico y levantándose.)* Querido papá, cuando se hace una visita es con el propósito de hacer perder el tiempo a los demás, y no a uno mismo.

CAVERS. ¿Ha pensado usted en lo que le dije anoche?

GORING. No he pensado en otra cosa.

CAVERS. ¿Y todavía no tiene usted novia?

GORING. Todavía no; pero espero tenerla antes del almuerzo.

CAVERS. *(Cáusticamente.)* Y si es preciso, puede usted esperar hasta la cena.

GORING. Reconocidísimo; pero me parece preferible antes del almuerzo.

CAVERS. ¡Hum!, nunca sé cuándo habla usted en serio.

GORING. Ni yo tampoco, papá. *(Pausa.)*

CAVERS. Supongo que habrá usted leído los periódicos de esta mañana.

GORING. No, por cierto. No leo más que el *Morning Post.* Lo único interesante de la vida moderna es lo tocante a las duquesas y marquesas; el resto es inmoral.

CAVERS. Entonces, ¿no ha leído usted el artículo de fon-

do del *Times* sobre la carrera de Roberto Chiltern?

GORING. ¡Cielos! No, no lo he leído. ¿Qué trae de particular?

CAVERS. Pues la reseña del discurso de anoche de Chiltern sobre el canal argentino. Es uno de los ejemplos más hermosos de oratoria que se han pronunciado en la Cámara.

GORING. ¡Ah! Y... ¿apoyó Chiltern el proyecto?

CAVERS. ¿Apoyarlo? Al contrario, lo atacó violentamente, el proyecto y todo el sistema político financiero de hoy día. Este discurso es el ápice de su carrera, como dice muy bien el *Times*. Debería usted leer ese artículo, en vez de ocuparse de frivolidades. *(Despliega el* Times.) "Sir Roberto Chiltern..., el más sobresaliente de nuestros hombres de Estado jóvenes..., orador brillante..., carrera sin mácula..., integridad reconocida... Noble contraste con esa moral elástica tan común entre los políticos." Me parece que no dirán nunca lo mismo de usted, caballerete.

GORING. Eso espero, papá. Sin embargo, me alegro infinito de lo que me dices de Roberto. Esto demuestra que es un hombre enérgico.

CAVERS. Tiene algo más que energía, amigo mío: tiene genio.

GORING. ¡Ah!, prefiero la energía. No es tan corriente hoy como el genio.

CAVERS. Me gustaría verle a usted en el Parlamento.

GORING. Querido papá, sólo a los que tienen cara de tontos se les ocurre entrar en el Parlamento, y sólo los que, además de la cara, tienen los hechos, consiguen triunfar en él.

CAVERS. ¿Por qué no ha de tratar usted de hacer algo útil en la vida?

GORING. Soy todavía muy joven.

CAVERS. Me revienta esa presunción de juventud caballero. Se va haciendo demasiado general.

GORING. La juventud no es una presunción, es un arte.

CAVERS. Entonces, ¿por qué no se declara usted a Miss Chiltern? Es una muchacha encantadora.

GORING. Ya sabes lo nervioso que soy. Sobre todo, hoy me siento incapaz.

CAVERS. No creo que tenga usted la menor probabilidad de ser aceptado. Y si le aceptase, daría muestras de ser tan loca como bonita.

GORING. ¡Ojalá! Una mujer completamente cuerda me reduciría a la idiotez más absoluta en menos de seis meses.

CAVERS. No se merece usted esa muchacha, amigo mío.

GORING. Querido papá, si nos fuéramos a casar con la mujer que merecemos, lo íbamos a pasar muy mal. *(Entra Mabel Chiltern.)*

MABEL. ¿Qué tal, cómo está usted, Lord Caversham? Y Lady Caversham, ¿bien?

CAVERS. ¡Psch! Como de costumbre.

MABEL. *(Aparentando no ver a Lord Goring, y dirigiéndose exclusivamente a Lord Caversham.)* Y los sombreros de Lady Caversham... ¿siguen mejor?

CAVERS. Han sufrido una seria recaída; siento mucho tener que decirlo.

GORING. ¡Buenos días, Miss Mabel!

MABEL. *(A Lord Caversham.)* Espero que no será preciso una operación, ¿verdad?

CAVERS. *(Sonriendo de la salida.)* Y si lo fuera, habría que anestesiar a Lady Caversham. De otro modo, jamás consentiría que se tocase ni una pluma.

GORING. *(Recalcando el tono.)* ¡Buenos días, Miss Mabel!

MABEL. *(Volviéndose hacia él con fingida sorpresa.)* ¡Ah! ¿Estaba usted ahí? Me figuro que, después de faltar, como ha faltado usted, a nuestra cita, no tendrá la pretensión de que vuelva a dirigirle la palabra.

GORING. ¡Oh, no diga usted eso, por favor! Es usted la

única persona en todo Londres que me gusta que me escuche.

MABEL. Lord Goring, no creo una sola palabra de las que nos decimos el uno al otro.

CAVERS. Y hace usted perfectamente; por lo menos, en lo que se refiere a él.

MABEL. ¿Cree usted posible conseguir de su hijo que se porte un poco mejor de vez en cuando?

CAVERS. Siento decir, Miss Chiltern, que no tengo la menor influencia sobre mi hijo. ¡Ojalá la tuviese! En ese caso, ya sé lo que le obligaría a hacer.

MABEL. Temo que sea uno de esos caracteres tan endebles que no son capaces de dejarse influenciar.

CAVERS. No tiene corazón; ni pizca de corazón.

GORING. Me parece que empiezo a estar aquí de más.

MABEL. No le vendrá mal a usted estar de más y saber lo que la gente dice de usted a sus espaldas.

GORING. No tengo ningún interés en saberlo. Me envanecería demasiado.

CAVERS. Después de esto, querida Miss Chiltern, no tengo más remedio que marcharme.

MABEL. ¡Oh! ¿No irá usted a dejarme sola con su hijo? ¡Sobre todo a estas horas del día!

CAVERS. Me parece que no va a querer venir conmigo a la Presidencia. Además, no es el día señalado para recibir a los vagos. *(Estrecha la mano a Miss Mabel, coge el sombrero y el bastón y sale, después de haber lanzado a Lord Goring una mirada fulminante de indignación.)*

MABEL. *(Poniéndose a arreglar unos búcaros que hay encima de la mesa.)* La gente que no acude a sus citas en el Parque son unos monstruos.

GORING. De acuerdo.

MABEL. Celebro que lo reconozca usted. Pero no veo el motivo de ese aire de satisfacción.

GORING. No puedo evitarlo. Siempre que estoy con usted, lo tengo.

MABEL. *(Melancólicamente.)* Entonces, ¿cree usted que es mi deber hacerle compañía?

GORING. Naturalmente.

MABEL. Bueno; el deber es una cosa que nunca hago. Me deprime demasiado. Por tanto, voy a tener que dejarle.

GORING. Le agradeceré a usted que no lo haga, Miss Mabel. Tengo que decir a usted algo muy en particular.

MABEL. *(Con transporte.)* ¡Oh! ¿Es una declaración?

GORING. *(Un tanto desconcertado.)* Pues bien; sí, lo es; no puedo negarlo.

MABEL. *(Con un suspiro de satisfacción.)* Cuánto me alegro. Es la segunda hoy.

GORING. *(Con indignación.)* ¿La segunda hoy? ¿Quién ha sido el asno presuntuoso que se ha atrevido a declararse a usted antes que yo?

MABEL. ¿Quién va a ser? Tommy Trafford. Es uno de los días de declaración de Tommy. Todos los martes y jueves se me declara.

GORING. ¿Y usted no le dirá que sí, supongo?

MABEL. He hecho firme propósito de no decirle nunca que sí. Por eso sigue declarándoseme. Y eso que esta mañana, como no apareció usted, estuve a punto de decirle que sí. Hubiera sido una excelente lección para los dos. Les habría enseñado a ser mejor educados.

GORING. Me carga ese Tommy Trafford. Tommy es un asno. Yo sí que la adoro a usted.

MABEL. Lo sé. Y me parece que bien podía usted habérmelo dicho antes. Estoy segura de haberle ofrecido una infinidad de ocasiones.

GORING. Mabel, sea usted formal, se lo ruego; sea usted formal.

MABEL. Todos los hombres dicen lo mismo a las mujeres antes de casarse. Después, ni pío.

GORING. *(Cogiéndole la mano.)* Mabel, ya le he dicho a usted que la quiero. Y usted, ¿no podrá corresponderme un poquitín?

MABEL. ¡Tonto! Si usted supiera algo que... algo que no sabe usted, sabría usted que le adoro. Todo el mundo en Londres lo sabe, menos usted. Es un verdadero escándalo la manera que tengo de quererle a usted. Me he pasado seis meses diciéndoselo a todo el mundo. Ni sé cómo consiente usted en dirigirme la palabra. Me he desacreditado por completo. Sí; me siento tan feliz, que estoy segura que me he desacreditado.

GORING. *(Tras una breve pausa.)* ¡Amor mío! ¡Si supieras el miedo que tenía de que me dijeses que no!

MABEL. *(Levantando los ojos hacia él.)* Pero a ti nunca te habrán dicho que no, ¿verdad, Arturo? No es posible que ninguna mujer te haya dicho que no.

GORING. *(Después de besarla nuevamente.)* No soy digno de ti, amor mío.

MABEL. *(Apretándose contra él.)* ¡Cuánto me alegro, Arturo! ¡Tenía un miedo de que lo fueras!

GORING. *(Tras unos breves momentos de vacilación.)* Y... he pasado ya de los treinta.

MABEL. Pues representas unas semanas menos.

GORING. *(Con entusiasmo.)* ¡Qué amable y qué buena eres!... Pero debo confesarte que soy muy raro, muy extravagante...

MABEL. Como yo, Arturo. Así nos entenderemos. Bueno, ahora tengo que ir a decírselo a Gertrudis.

GORING. *(Besándola.)* ¿Que tienes que irte?

MABEL. Sí.

GORING. Entonces, dile que tengo que hablar con ella en particular. Me he pasado aquí toda la mañana esperando verla a ella o a Roberto.

MABEL. ¿Cómo? ¿No habías venido exclusivamente a declararte?

GORING. *(Con aire de triunfo.)* No; esto ha sido un chispazo de genio.

MABEL. ¿El primero?

GORING. *(Resueltamente.)* El último.

MABEL. ¡Que sea verdad! Bueno, no te muevas. Antes de cinco minutos estoy de vuelta. No caigas en ninguna tentación mientras estoy ausente.

GORING. Querida Mabel, estando tú ausente, no puede haberlas. Esto me hace depender en absoluto de ti. *(Entra Lady Chiltern.)*

L. CHIL. ¡Buenos días, Mabel! ¡Estás preciosa!

MABEL. ¡Y tú qué pálida, Gertrudis! Pero te sienta muy bien.

L. CHIL. Buenos días, Arturo.

GORING. *(Inclinándose.)* Buenos días.

MABEL. *(Aparte a Lord Goring.)* Te espero en el invernadero debajo de la segunda palmera, a la izquierda.

GORING. ¿La segunda, a la izquierda?

MABEL. *(Con gesto de sorpresa burlona.)* Sí; la palmera de siempre. *(Le echa un beso con los dedos, sin ser vista por Lady Chiltern, y sale.)*

GORING. Gertrudis, tengo una porción de noticias que comunicarte. Mistress Cheveley me dió anoche la carta de Roberto y ya está quemada; Roberto está en salvo.

L. CHIL. *(Dejándose caer sobre el sofá.)* ¡En salvo! ¡Qué alegría!

GORING. Ahora sólo hay una persona que pudiera decirse que corre algún peligro.

L. CHIL. ¿Quién?

GORING. *(Sentándose junto a ella.)* Tú.

L. CHIL. ¿Yo? ¿En peligro yo? ¿Qué quieres decir?

GORING. Peligro es una palabra exagerada. Pero me veo obligado a comunicarte algo que es posible te disguste, y que, desde luego, me disgusta a mí. Ayer noche me escribiste una carta muy sincera, muy femenina, reclamando mi ayuda. Me escribiste como a uno de tus amigos más íntimos, como al mejor amigo de tu marido. Pues

bien: Mistress Cheveley me ha robado esa carta.

L. CHIL. ¿Y de qué puede servirle a ella? No veo inconveniente en que la conserve.

GORING. *(Levantándose.)* Gertrudis, voy a ser franco contigo. Mistress Cheveley ha tomado esa carta en otro sentido, y se propone enviarla a tu marido.

L. CHIL. Pero ¿qué otro sentido puede darle?... ¡Oh, no, no! ¡No es posible!... Si yo, desesperada, necesitando tu ayuda, confiando en ti, pensaba ir a verte..., era para que me aconsejases..., me socorrieses... Pero ¿es posible que haya mujeres tan infames? ¿Y dices que se propone enenviar esa carta a mi marido? Cuéntame todo, por favor, ¡todo!

GORING. Mistress Cheveley estaba escondida en una habitación contigua a mi biblioteca, sin yo saberlo. Creía que la persona que estaba aguardándome en esa habitación eras tú. Llegó Roberto inesperadamente. Se cayó una silla en el salón. Roberto entonces entró a viva fuerza y la descubrió. Tuvimos una escena tremenda. Yo seguía creyendo que eras tú quien estaba allí. Se marchó furioso. Luego, para postre, Mistress Cheveley se apoderó, no sé cómo, de la carta, y *voilá.*

L. CHIL. ¿Qué hora era cuando ocurrió todo eso?

GORING. Las diez y media, próximamente. Ahora, propongo que se lo contemos todo a Roberto lo antes posible.

L. CHIL. *(Mirándole con asombro, casi con terror.)* ¿Y quieres que yo le diga a Roberto que la mujer que estaba aguardándote no era Mistress Cheveley, sino yo? ¿Que era yo quien creías que estaba escondida en el salón a las diez y media de la noche? ¿Es eso lo que quieres que le diga?

GORING. Creo preferible que conozca la verdad exacta.

L. CHIL. No. Lo que hay que hacer es interceptar esa carta. Sea como sea. Pero ¿cómo? Continuamente están llegando cartas para él. Sus secretario las abren y le dan cuenta de ellas. No me atrevo a decirle a los criados que me la traigan a mí. No, no es posible... Pero ¿por qué no me aconsejas lo que debo hacer?

GORING. Ten calma, Gertrudis, te lo ruego, y contesta a mis preguntas. ¿Dices que sus secretarios le abren las cartas?

L. CHIL. Sí.

GORING. ¿Quién está con él de turno? ¿Míster Trafford, acaso?

L. CHIL. No. Me parece que Míster Montford.

GORING. ¿Puedes tener confianza en él?

L. CHIL. *(Con un gesto de desesperación.)* ¡Qué sé yo!

GORING. ¿No haría él lo que tú le dijeras?

L. CHIL. Creo que sí.

GORING. Tu carta estaba escrita en papel color de rosa; de modo que sería fácil de reconocer, sin necesidad de leerla, ¿no es cierto?

L. CHIL. Supongo.

GORING. ¿Está en casa en este momento?

L. CHIL. Sí.

GORING. Entonces voy a irle a ver yo mismo para decirle que hoy llegará para Roberto una carta escrita en papel color de rosa, y que es preciso, a toda costa, que no llegue a sus manos. *(Se dirige hacia la puerta, que abre.)* ¡Santo Dios! Roberto sube hacia aquí con la carta en la mano. La ha recibido ya.

L. CHIL. *(Con un grito de angustia.)* ¡Dios mío!... ¿Cómo convencerle ahora de la verdad, después de haber recibido esa carta? ¿Podrá, acaso, creernos? *(Entra Sir Roberto Chiltern. Trae la carta en la mano, y viene leyéndola. Se dirige hacia su mujer, sin advertir la presencia de Lord Goring.)*

ROBER. "Necesito de ti. Confío en ti. Voy a verte. Ger-

trudis." ¡Oh, amor mío! ¿Es verdad esto? ¿Realmente me necesitas, tienes confianza en mí?... ¡Ah!, después de esta carta tuya, Gertrudis, ya nada puede hacerme daño en este mundo. Di, ¿es cierto que me necesitas? *(Lord Goring, sin ser visto por Sir Roberto, suplica por señas a Lady Chiltern que acepte la situación y el error de Sir Roberto.)*

L. CHIL. Sí.

ROBER. ¿Y tienes confianza en mí?

L. CHIL. Sí.

ROBER. ¡Ah! ¿Por qué no añadiste que me querías?

L. CHIL. *(Cogiéndole la mano.)* Porque no necesitaba decirlo. *(Lord Goring sale de la habitación, en dirección al invernadero.)*

ROBER. *(Besándola.)* Gertrudis, tú no sabes lo que siento en este momento. Cuando Montford me entregó la carta, que había abierto, supongo que por equivocación, sin fijarse en la letra del sobre, y la leí, ¡ah!, olvidé en seguida la catástrofe o el castigo que me aguardaba, para no pensar sino en que aún me querías...

L. CHIL. Ni catástrofe ni castigo te aguardan ya, Roberto. Mistress Cheveley ha entregado a Lord Goring el documento que tenía en su poder, y Lord Goring lo ha destruído.

ROBER. ¿Es posible? ¿Estás segura, Gertrudis?

L. CHIL. Segura; Lord Goring acaba de decírmelo.

ROBER. ¡Entonces, estoy salvado! ¡Qué cosa tan maravillosa es sentirse en salvo! He pasado dos días atroces. ¡Y ahora, en salvo! ¿Y cómo destruyó Arturo mi carta? Dímelo.

L. CHIL. La quemó.

ROBER. Me habría gustado ver reducirse a cenizas el único pecado de mi juventd. ¡Cuántos hombres hay en la vida moderna que darían cualquier cosa por ver con sus propios ojos arder y convertirse en cenizas su pasado! ¿Está aquí todavía Arturo?

L. CHIL. Sí; en el invernadero.

ROBER. ¡Cuánto me alegro ahora de haber pronunciado anoche ese discurso en la Cámara! Lo hice, seguro de que la ruina y el deshonor serían el resultado. Pero no ha sido así.

L. CHIL. Al contrario, más fama y más prestigio.

ROBER. Eso creo. Y casi lo siento. Pues, a pesar de estar a salvo de toda sospecha, a pesar de que haya desaparecido toda prueba en contra mía, ¿no crees, Gertrudis..., no crees que acaso debería retirarme de la vida pública? *(Mira ávidamente a su mujer.)*

L. CHIL. *(Vivamente.)* ¡Oh!; sí, Roberto, debes hacerlo. Es tu deber.

ROBER. Es perder mucho.

L. CHIL. No; será ganar mucho más.

ROBER. *(Pasea arriba y abajo con aire turbado. Luego se acerca a su mujer y le pone una mano sobre el hombro.)* ¿Y serías feliz viviendo sola conmigo en cualquier parte, quizá en el extranjero, o en el campo, lejos de toda vida mundana? ¿No te arrepentirías después?

L. CHIL. ¡Oh! Nunca, Roberto.

ROBER. *(Tristemente.)* ¿Y tu ambición por mí? Antes eras ambiciosa.

L. CHIL. ¡Oh, mi ambición!... Ya no tengo otra ambición que la de querernos mucho. Tu ambición fué la que te extravió. No hablemos más de ambición. *(Entra Lord Goring del invernadero, con aire muy satisfecho y una flor en el ojal, que alguien le ha puesto.)*

ROBER. *(Yendo hacia él.)* Arturo, tengo que darte las gracias por lo que has hecho por mí. No sé cómo agradecértelo ni cómo podré pagártelo nunca.

GORING. Querido Roberto, voy a decírtelo inmediatamente. En este instante, debajo de la palmera de siempre..., es decir, en el invernadero... *(Entra Mason.)*

MASON. Lord Caversham.

GORING. La verdad es que este admirable papá ha tomado ya por costumbre aparecer en el momento menos oportuno. Esto sí que es no tener corazón, ni pizca de corazón. *(Entra Lord Caversham. Sale Mason.)*

CAVERS. Buenos días, Lady Chiltern. Mi más cordial enhorabuena, querido Chiltern, por su magnífico discurso de anoche. Acabo de ver al presidente del Consejo, y me ha dicho que van a darle a usted la cartera vacante del Gabinete.

ROBER. *(Con una mirada de satisfacción y de triunfo.)* ¿La cartera vacante?

CAVERS. Sí; aquí tiene usted una carta del mismo presidente. *(Le entrega una carta.)*

ROBER. *(Cogiendo la carta y leyéndola.)* ¡Una cartera!

CAVERS. Naturalmente; y bien la merece usted. Usted tiene lo que tanta falta nos hace hoy en la vida política: un carácter recto, una moral inflexible...

ROBER. *(Vacila un instante y está a punto de aceptar el ofrecimiento del presidente del Consejo, cuando advierte fijos en él los ojos claros y cándidos de su mujer. Comprende entonces que es imposible.)* No puedo aceptar este ofrecimiento, Lord Caversham. He decidido rehusarlo.

CAVERS. ¿Rehusarlo?

ROBER. Tengo la intención de retirarme inmediatamente de la política.

CAVERS. *(Coléricamente.)* ¿Rehusar una cartera y retirarse de la política? En mi vida he oído semejante disparate... Usted, Lady Chiltern, que es una mujer sensata, la más sensata de cuantas mujeres he conocido, ¿quiere usted impedir a su marido que haga semejante cosa?

L. CHIL. Creo que mi marido hace perfectamente, Lord Caversham. Yo apruebo su determinación.

CAVERS. ¿Que la aprueba usted? ¡Santo cielo!

L. CHIL. *(Cogiendo la mano de su marido.)* Y le admiro

por ello. Le admiro infinito. Nunca le he admirado tanto como ahora. Es todavía más grande de lo que yo suponía. *(A Sir Roberto Chiltern.)* Vas a contestar ahora mismo al presidente, ¿verdad?

ROBER. *(Con un leve tinte de amargura.)* Sí, creo que haré bien en contestarle ahora mismo. Ofrecimientos semejantes no se hacen dos veces. Usted me perdonará por un momento, Lord Caversham...

L. CHIL. ¿Puedo ir contigo, Roberto?

ROBER. Claro que sí, Gertrudis. *(Sale Lady Chiltern con él.)*

CAVERS. Pero ¿qué pasa en esta familia? Algo hay aquí que no marcha bien, ¿eh? *(Dándose unos golpecitos en la frente.)* ¿Locura, idiotez? Hereditaria entonces, y contagiosa, porque la mujer está lo mismo que el marido. ¡Triste cosa! ¡Tristísima! Y eso que no son una familia de abolengo.

GORING. No es idiotez, papá, te lo aseguro.

CAVERS. Pues ¿qué es entonces?

GORING. *(Tras un momento de vacilación.)* Pues... eso que hoy llaman valor moral.

CAVERS. Me revientan esos nombres de nuevo cuño. Al fin y al cabo, lo mismo que llamábamos idiotez hace cincuenta años. Bueno, me voy.

GORING. *(Cogiéndole del brazo.)* Un instante. En la tercera palmera, a la izquierda, la palmera de siempre...

CAVERS. ¿Qué?

GORING. Perdón, papá, estaba distraído. En el invernadero, papá, en el invernadero... te espera una persona que desea hablarte.

CAVERS. ¿De qué?

GORING. De mí.

CAVERS. *(Gruñonamente.)* Tema poco lucido.

GORING. Cierto; pero ¡qué se le va a hacer! La persona en cuestión es tan poco aficionada como yo a

la elocuencia. *(Sale Lord Caversham. Entra Lady Chiltern.)* Gertrudis, ¿por qué le estás haciendo el juego a Mistress Cheveley?

L. CHIL. *(Estremeciéndose.)* No sé lo que quieres decir.

GORING. Mistress Cheveley ha tratado de arruinar la vida de tu marido, bien arrojándole de la política, bien obligándole a adoptar una actitud poco digna. De esta última tragedia, tú le has salvado. Pero, ahora, estás empujándole hacia la primera. ¿Por qué te empeñas en hacerle el daño que Mistress Cheveley intentó y no pudo?

L. CHIL. ¡Arturo!

GORING. *(Recogiéndose como para un gran esfuerzo, y mostrando al filósofo que hay debajo del* dandy.) Permíteme un momento, Gertrudis. Anoche me escribiste una carta en que me decías que tenías confianza en mí y necesitabas mi ayuda. Ahora es cuando, realmente, necesitas mi ayuda; éste es el momento de tener confianza en mí, confianza en mi consejo y en mi buen juicio. Tú quieres a Roberto y, sin embargo, tratas de matar el amor que él siente por ti. ¿Qué existencia podrá ser la suya, si le privas del fruto de su ambición, si le apartas del esplendor de una gran carrera política, si le cierras las puertas de la vida pública, condenándole al fracaso estéril, a él, que estaba hecho para el triunfo y el éxito? Las mujeres no han nacido para juzgarnos, sino para perdonarnos cuando necesitemos perdón. Perdonar y no castigar es su misión. ¿A qué condenarle por una falta cometida en su juventud, antes de conocerte, antes de conocerse a sí mismo? No vayas a caer en un terrible error, Gertrudis. La mujer capaz de conservar el amor de un hombre, y corresponder a ese amor, ya ha hecho todo lo que el mundo exige a las mujeres, o debería exigirles.

L. CHIL. *(Turbada y vacilante.)* Pero Roberto es quien

quiere retirarse de la política. Cree que es su deber. El fué el primero en hablar de ello.

GORING. Con tal de no perder tu amor, Roberto renunciaría a todo, hasta a su porvenir y su carrera, como está a punto de hacerlo ahora. ¡Sí, va a hacer por ti un terrible sacrificio! Sigue mi consejo, Gertrudis, y no lo aceptes. O día llegará en que tendrás que arrepentirte de ello amargamente. Ni los hombres ni las mujeres tenemos derecho a exigirnos sacrificios semejantes. No los merecemos. Además, ya Roberto ha sido bastante castigado.

L. CHIL. Los dos lo hemos sido. Yo le había colocado demasiado en alto.

GORING. *(Con emoción.)* No vayas, por esa razón, a colocarle ahora demasiado bajo. Si ha caído de su altar, no vayas por eso a hundirlo en el lodo. El fracaso, para Roberto, sería lo mismo que el lodazal de la vergüenza. El poder es su pasión. Sin él, lo perdería todo, hasta las fuerzas de sentir el amor. En este momento tienes en tus manos la vida de tu marido, el amor de tu marido. No los hagas pedazos. *(Entra Sir Roberto Chiltern.)*

ROBER. Gertrudis, aquí te traigo el borrador de mi carta. ¿Quieres que te lo lea?

L. CHIL. Dámelo, yo lo leeré. *(Sir Roberto le entrega la carta. Ella la lee, y luego, con un gesto de pasión la rompe.)*

ROBER. ¿Qué haces?

L. CHIL. ¡Yo no quiero malograr tu vida, Roberto, ni ver que tú la malogres haciéndome un sacrificio semejante, un sacrificio inútil! Esto, y mucho más, acaba de enseñarme Lord Goring...

ROBER. ¡Gertrudis! ¡Gertrudis!

L. CHIL. Tú puedes olvidar. Los hombres olvidan fácilmente. Y yo puedo perdonar. Para esto sirven las mujeres en el mundo. Ahora lo veo claro.

ROBER. *(Profundamente conmovido, la abraza.)* ¡Amor

mío! *(A Lord Goring.)* Arturo, otra cosa que te debo.

GORING. ¡Oh, de ningún modo, querido Roberto! A tu mujer, y no a mí, es a quien tienes que estar agradecido.

ROBER. Sé lo que te debo. Ahora, dime lo que ibas a pedirme en el momento que entró tu padre.

GORING. Roberto, tú eres el tutor de tu hermana. Tengo, pues, el gusto de pedirte su mano. Eso es todo.

L. CHIL. ¡Oh, cuánto me alegro, cuánto! *(Cambia un efusivo apretón de manos con Lord Goring.)*

GORING. Gracias, Lady Chiltern.

ROBER. *(Con cierta turbación.)* ¿La mano de Mabel?

GORING. Claro.

ROBER. *(Con gran firmeza.)* Arturo, lo siento infinito, pero no puedo dar mi consentimiento. Tengo a mi cargo la felicidad y el porvenir de Mabel. Y no creo que tú puedas hacerla feliz. No, no puedo sacrificarla.

GORING. ¿Sacrificarla?

ROBER. Sí, sacrificarla. Los matrimonios sin amor son horribles. Pero hay algo peor que un matrimonio sin amor. Y es cuando, de dos, uno solo es el que quiere, uno solo el que conserva fidelidad, uno solo el que se sacrifica; y en que, de dos corazones, uno de ellos está seguro de ser hecho pedazos.

GORING. ¡Pero yo quiero a Mabel! Es la única mujer que ocupa un sitio en mi vida.

L. CHIL. Roberto, si ambos se quieren, ¿por qué no van a casarse?

ROBER. Arturo no puede aportar a Mabel el amor que ella merece.

GORING. ¿Qué motivos tienes para decir eso?

ROBER. *(Tras una pausa.)* ¿Necesitas realmente que te los exponga?

GORING. Claro que lo necesito.

ROBER. Como gustes. Cuando anoche fuí a verte a tu casa, encontré a Mistress Cheveley escondida

en tus habitaciones. Serían las diez o las once. Creo que toda palabra huelga. Sé que, en otro tiempo, estuviste a punto de casarte con ella. Se conoce que la fascinación que ejerció sobre ti la ha recobrado. Anoche me hablaste de ella como de una mujer pura y sin tacha, a quien respetabas y venerabas. Es posible que sea cierto. Pero yo no puedo confiarte a mi hermana. Sería una mala acción, una imprudencia y, acaso, hasta una infamia.

GORING. Ni una palabra más. No tengo nada que replicar.

L. CHIL. Roberto, la mujer que anoche esperaba Lord Goring, la que creía estaba en su casa, no era Mistress Cheveley.

ROBER. ¿Que no era Mistress Cheveley? ¿Quién era entonces?

GORING. *(A Lady Chiltern.)* ¡Gertrudis!

L. CHIL. Era tu propia mujer. Roberto, ayer tarde, Arturo me dijo que si alguna vez, por cualquier concepto, necesitaba ayuda y consejo de alguien, acudiera a él, como a nuestro mejor y más antiguo amigo. Más tarde, después de la terrible escena que tuvimos aquí, le escribí diciéndole que le necesitaba. *(Sir Roberto saca la carta del bolsillo.)* Sí, esa carta misma. Luego, al fin, no fuí a casa de Arturo. Comprendí que sólo de nosotros mismos puede venirnos alguna ayuda. El orgullo me hizo pensar así. Llegó Mistress Cheveley, robó la carta y te la envió esta mañana, sin añadir una palabra, con el objeto de que supusieras... ¡Oh, Roberto, no puedo decirte lo que esa mujer infame quería que supusieras!...

ROBER. ¿Cómo? ¿Tan bajo había caído a tus ojos, que pensaste ni por un momento que yo podía dudar de ti? ¡Gertrudis, tú eres para mí la imagen de todo lo bueno de este mundo, y el pecado no puede rozarte! Pero, ¿cómo ha sido?...

¡Ah!, sí. La carta no lleva encabezamiento. Esa genial Mistress Cheveley parece que no lo advirtió. Pero es casualidad que no pusieras el nombre de Arturo.

L. CHIL. Déjame que ponga el tuyo. A ti es a quien necesito y en quien confío. Tú solo.

GORING. *(En tono jocoso.)* Bueno, en realidad, esa carta me pertenece, y creo que debía serme devuelta.

L. CHIL. *(Sonriendo.)* No; ya tendrás a Mabel. *(Coge la carta y escribe en ella el nombre de su marido.)*

GORING. Eso si es que no ha cambiado todavía de opinión. Hace casi veinte minutos que me separé de ella. *(Entran Mabel Chiltern y Lord Caversham.)*

MABEL. Lord Goring, encuentro la conversación de su padre mucho más provechosa que la de usted. De aquí en adelante, no pienso hablar más que con Lord Caversham, y siempre bajo la palmera de costumbre.

GORING. ¡Amor mío! *(Besándola.)*

CAVERS. *(Considerablemente sorprendido.)* ¿Qué significa esto, caballerete? ¿Supongo que esta encantadora señorita no habrá cometido la locura de aceptarle a usted por marido?

GORING. Pues sí, papá, me ha aceptado. Y Chiltern ha aceptado también la cartera vacante.

CAVERS. Lo celebro infinito, Chiltern... Y le doy a usted la enhorabuena... Pronto le veremos de presidente. *(Entra Mason.)*

MASON. El almuerzo está servido, señora.

MABEL. Se quedará usted a almorzar con nosotros, ¿verdad, Lord Caversham?

CAVERS. Con mucho gusto, y después le llevaré a usted a la Presidencia, Chiltern. Tiene usted por delante un porvenir soberbio. *(A Lord Goring.)* ¡Ojalá pudiera decir lo mismo de usted, caba-

llero! Pero me parece que su carrera tendrá que ser exclusivamente doméstica.

GORING. Sí, papá, completamente doméstica.

CAVERS. Y si no es usted para esta señorita un marido ideal, le desheredo.

MABEL. ¿Un marido ideal? ¡No, por Dios! Eso debe ser algo así del otro mundo.

CAVERS. ¿Y qué quiere usted que sea, hija mía?

MABEL. Lo que a él le parezca. Yo todo lo que pido es ser... ¡una mujer real para él!

CAVERS. ¡Caramba! Eso demuestra un sentido común extraordinario, ¿verdad, Lady Chiltern? *(Lady Chiltern inclina la cabeza sin responder. Salen todos, excepto Sir Roberto Chiltern, que se deja caer en un sillón y queda pensativo. Al cabo de unos momentos, vuelve Lady Chiltern a buscarle.)*

L. CHIL. *(Inclinándose sobre el respaldo de la silla.)* ¿No vienes, Roberto?

ROBER. Dime, Gertrudis, ¿es amor lo que sientes por mí, o compasión?

L. CHIL. *(Besándole.)* Amor, Roberto. Amor sólo. Para ambos empieza una vida nueva.

TELÓN

FIN DE LA COMEDIA